

Año XXXIII

Madrid, Jueves 29 de Mayo de 1913.

Núm. 22.

Revolviendo papeles, he tropezado con el siguiente artículo escrito de puño y letra de Alfredo Calderón. (Nada de adjetivos al hombre que englobaba en su nombre todos los más encomiásticos.)

No recuerdo en este instante si lo publiqué hace años, ó si él lo daría á algún otro periódico; mas esto importa poco para mi objeto, que es el de que se lea y se admire, si no se ha publicado, ó de que se rememore y se admire si se publicó; pues, como todos los suyos, resulta nuevo y admirable siempre.

## Religión y política

Asistid un domingo en Inglaterra á los oficios en un templo protestante. La casa de Dios es un recinto sencillo, severo, desnudo. Entre aquellas cuatro paredes, desprovistas de ornatos y símbolos, se congrega una concurrencia seria, austera, recogida. Cada uno de los fieles, absorbe el alma en la contemplación de las cosas divinas y eternas, *mira para adentro*. Veréis luego destacarse ante el concurso la figura de un *clergyman* vestido de negro, sin señal ni distintivo alguno que exteriormente le diferencie de cualquiera de los otros *gentlemen*. Aquel hombre dirigirá su palabra á los asistentes, entre los cuales se encuentran acaso su esposa y sus hijos. Y no oiréis salir de sus labios diatribas, excomuniones, amenazas, protestas contra lo existente, maldiciones al siglo, execraciones de las ideas dominantes, panegíricos apasionados de tiempos y cosas que fueron, disertaciones teológicas ó declaraciones dogmáticas. Os hablará del bien, de la virtud, del deber, de la santidad, de la ley moral, de la necesidad de reprimir y sojuzgar las pasiones, de las obligaciones que á cada cual incumben, según su estado y condición, de todas las cosas altas, nobles y serias de la vida. Terminada la plática, los oyentes saldrán del templo reflexivos y edificadas, como quien acaba de oír, exteriorizada, la voz de la conciencia propia.

Acudid luego en España á una solemnidad religiosa. El templo es acaso una de esas maravillas del arte, verdaderos milagros de la fe que engendró un tiempo el genio del cristianismo. Sube al cielo la ojiva como buscando el infinito. El crucero audaz se pierde en las alturas. La luz indecisa alumbra vagamente el recinto, convertida en iris mágico al atravesar los coloreados ventanales. El órgano hace oír su voz robusta, á veces remediando las melodías de coros angélicos, otras recordando el trueno del Sinal ó el clamor de la trompeta fatídica que ha de

despertar á los muertos del sueño del sepulcro. Nubes de incienso oloroso se elevan en los aires. Las imágenes, obra del pincel genial ó prodigio de inspirado cincel, reciben con inmóvil majestad los homenajes de los fieles. Hay allí una multitud pasmada, hipnotizada por las suntuosidades de un culto en que nada se ha omitido de cuanto puede cautivar los sentidos y suspender la fantasía.

Un hombre revestido del traje sacerdotal, lleno de augustos simbolismos, ocupa en lo alto la cátedra del Espíritu Santo. Habla, y ¿qué dice? Nueve veces de cada diez no oiréis salir de sus labios la exhortación moral llena de ternura y unción. Aquel sacerdote maldice del siglo, abomina de lo presente, echa de menos lo que fué. Cada palabra suya es una protesta; cada ademán un anatema. Si nombra a Dios será para ponderar lo inexorable de sus justicias. Si invoca al cielo será para demandar el rayo vengador que ha de aniquilar y reducir á polvo á los enemigos de la Iglesia. Os hablará del pecado horrendo del liberalismo, de las abominaciones de la masonería. Evocará todas las iras celestes para descargarlas sobre la cabeza de los ímpios detentadores del patrimonio de San Pedro. Atribuirá todas las desgracias públicas y privadas á sanciones providenciales merecidas por la impiedad. Pedirá el exterminio de la herejía. Acriminará á los gobiernos incrédulos que mantienen la tolerancia. Recordará con fruición los tiempos de las persecuciones dogmáticas. Excitará á los fieles á no tener con los herejes comercio alguno humano. Y al dejar el templo saldrán los oyentes agitados, inquietos, llenos de escrúpulos y recelos, con el odio en el corazón y propensos á la discordia.

¿Qué se sigue de tal contraste? ¿Mantendremos nosotros la superioridad intrínseca, sustancial del protestantismo sobre el cristianismo tradicional y ortodoxo? No es eso. Es que el espíritu nacional, el genio de la raza, al asimilarse una y otra creencia, las ha revestido de carácter opuesto. La religión sajona es toda ella interior, asunto del espíritu, de índole esencialmente moral; la religión latina es toda externa, asunto social, de índole esencialmente política. La una procede de dentro afuera; la otra de fuera adentro. La una se forma por *intensificación*; la otra por *yuxtaposición*. La una todo lo flía en las internas virtualidades morales; la otra en la eficacia de las exteriores coacciones. Aquella se esfuerza en modelar la estatua anímica; ésta pone todo su empeño en sojuzgar á la sociedad.

De este carácter exteriorista del fin religioso derivan los mayores males. La mixtura de la religión y la política es una de las más grandes calamidades que pueden afligir á un pueblo. Ella profana la fe y perturba al Estado. Ella introduce la guerra civil en la sociedad, en la familia, en la conciencia. Ella hace á Dios tomar partido en las contiendas de los hombres. Ella proscribela racional y necesaria libertad del pensamiento como pecado y maldición. Ella impone la intolerancia como un deber y enciende las hogueras de la Inquisición con la lámpara del santuario. Ella trueca en irreconciliables los odios y reviste al rencor de la nota de perdurable. Ella santifica los crímenes de la maldad con obras de santo celo. Ella rompe entre los hombres los vínculos de la humanidad. Ella hace adorable el delito en el adepto y despreciable la virtud del disidente. Ella confunde en las conciencias las nociones del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto como si Dios, irritado de la profanación que implica el abuso que se hace de su nombre, quisiera castigar con la ceguera moral la audacia de los profanadores.

No es el menor de todos estos males el que resulta del divorcio entre la moral y la piedad. Cuanto más política se haga la religión, tanto más dejará de ser salvaguardia de la moral. Poco importa que unos cuantos padres de alma ó de cuerpos anden por ahí moralizando al mundo por ministerio de los promotores fiscales, contentos cuando han logrado perseguir la infracción de uno sólo de los diez mandamientos. A despecho de estos moralistas de papel sellado, que sufren la pudibunda obsesión de los pecados de la carne, la sociedad por ellos defendida, á ojos vistos se degrada y se corrompe. Con una reacción religiosa que tiene pocos precedentes, coincide una degeneración moral que tiene pocas semejantes. Mientras el beatismo lo invade todo, y el territorio se puebla de conventos, y por todas partes se advierte el recrudescimiento de las externas devociones, y el Estado mismo se ve dominado por la mojigatería, y el poder público se hace esclavo sumiso de la imperante gazmoñería, una corrupción sin nombre mancha las relaciones sociales privadas y públicas, la política es feria de conciencias, la rectitud, el desinterés son tildados de quijotismo, se premia la defección, la consecuencia causa risa, la probidad es blanco del sarcasmo, sirve la palabra para disfrazar el pensamiento, se declara al fraude incurable enfermedad nacional, la riqueza es la presa de la audacia, la familia se di-



suelve, cada individuo, disgregado de todo vínculo colectivo, se considera á sí propio como centro de la realidad, todo interés generoso, toda alta aspiración ideal sucumbe ó se desvanece, una escéptica indiferencia esteriliza en las propias venas de la juventud la savia de la vida, el más grosero y torpe egoísmo señorea y avasalla las conciencias. No importa que un hecho no dependa de otro como la causa del efecto. Basta la evidente coincidencia, la concomitancia innegable de ambos fenómenos para demostrar que la reacción religiosa con su sentido exteriorista, formulista, ritual y político, si no ayuda ella misma á la decadencia de las costumbres, cuando menos es absoluta y radicalmente impotente para contenerla y remediarla.

Por lo mismo que el ideal religioso es tan alto, su misión social tan decisiva, su eficacia moral tan honda, y en muchos, los más de los espíritus, única é insustituible, por eso mismo han de dolernos más los extravíos que tuercen y perturban su acción. Por eso mismo no podemos menos de contemplar con envidia á esas naciones venturosas donde el nombre de Dios no es enseña de reacción, ni bandera de partido, ni lábaro de discordia civil, ni título que invoque la intolerancia, ni estandarte prestigioso que se disputen las facciones; donde la fe no levanta entre los hombres barreras insuperables, ni sirve para abominar del presente ni para alentar la loca esperanza en la resurrección de un muerto pasado; donde el clero no odia, no execra, no maldice, no anatematiza, sino que exhorta, enseña, dirige, ilustra, consuela; donde la Iglesia sin ser política, se convierte por la sola virtud de su función moralizadora en un elemento vivo del orden social y en un factor integrante de la constitución del Estado. En tales naciones los ciudadanos viven en paz porque la paz reina en las conciencias.

ALFREDO CALDERÓN

## No puede ser

No hay en España un tres por ciento de ciudadanos que hagan vida civil en absoluto, especialmente de los que gritan á toda hora contra la Iglesia y se comen por la mañana un cura, á mediodía un fraile y por la noche una monja.

Leo en el último número de EL MOTIN el artículo *Ser ó no ser*, y veo que no tiene usted razón, amigo Nakens, pero es porque le sobra por los cuatro costados. Pero no puede ser y hay que desengañarse. Usted en Madrid vive bastante aislado ó se trata con quien le acomoda. Véngase á los pueblos y vea cómo los liberales hacen política asquerosamente reaccionaria, y los republicanos (jefes, sub-jefes y figurones), envían sus hijos á los colegios católicos, sin perjuicio de que alguna vez, sintiéndose escritores anticlericales, estampen sobre el papel párrafos altisonantes diciendo que hay que

arrancar á la mujer y á la familia de las garras del clericalismo; véngase y vea cómo en poblaciones numerosas pasan años sin un acto civil, y si alguien lo realiza, es un pobre infeliz que da ejemplo de valor y de civismo á los más empujados é independientes personajes; véngase y luche con amigos, conocidos, deudos, parientes, hijos, esposas y padres que le niegan hasta el saludo muchas veces y le persiguen en sus afecciones, en sus intereses, en su trabajo y hasta en la tranquilidad de su hogar...

¡Ah! No puede ser. Es tal la farsa y la hipocresía, el cinismo y la falta de valor en los liberales (monárquicos y republicanos), que cada vez que tropiezo con un farsante de estos, el estómago se me revuelve y las tripas tocan á rebato y de buena gana me ensuciaría en las barbas de tanto pillo redomado, de tanto liberal sinvergüenza, de tanto republicano imbécil, que yo mismo me siento contagiado y digo: a vivir tocan; cuando pase el viático me arrodillaré; cuando pase la procesión me descubriré; cuando toquen á misa iré á oír; cuando el cura me tire del ronzal obedeceré sin rebuznar; cuando el fraile me quite la hacienda ó la honra bendeciré su manc; cuando el jesuita me llame para embrutecerme ó para aniquilarme acudiré sumiso y obediente...

Aquí donde nadie es cuerdo

¿para qué he de serlo yo?

No puede ser y desde hoy puedo afirmar á la faz del mundo que nadie ha de conocer mi anticlericalismo. Si alguna vez se vuelve la tortilla, ya hablaremos.

Usted mismo, amigo Nakens, me dijo una vez que se necesita mucho valor para vivir en los pueblos llamándose anticlerical. Pues á mi se me ha acabado el valor. El que venga detrás que arree.

PASCUAL CUCARELLA

Querido Cucarella: Lo conozco á usted lo bastante para asegurar que no hará lo que dice, precisamente porque le convendría hacerlo. Usted no obra nunca por conveniencia personal.

Lo que me recuerda que le dije tiempo atrás, es lo que digo á todos los que, aislados, combaten al clericalismo con su palabra, su pluma ó sus actos en cualquiera población de España, no siendo Madrid ó Barcelona. Se exponen á perderlo todo, sin la esperanza de ganar nada.

Si usted demandase mi opinión acerca de si debía hacer eso que dice, me pondría en un aprieto: de primera impresión, es fácil que le dijera: «no lo haga usted», pero reflexionándolo un poco, quizás le contestara: «Muy bien pensado. ¿Para qué sacrificarse ni sacrificar á los suyos, á conciencia de que no conseguirá siquiera arrastrar con su ejemplo ni á los mismos que alardean de pensar como usted?

Creo que se engaña usted al suponer que podría ocultar en adelante su anticlericalismo; es casi imposible al hombre de sus condiciones, por firme que su voluntad sea, ocultar un sentimiento ó una idea muy arraigada. Por esto descu-

bren á lo mejor su clericalismo muchos que blasonan de anticlericales.

Comprenderá usted, por estos distingos y rodeos con que ando, que no me atrevo á decirle claramente si me parece bien ó mal lo que ha decidido. Lo que si puedo asegurarle, es que seguiré teniendo por correligionario en anticlericalismo á pesar de su apartamiento oficial, lo que no me ocurre con muchos de los que pasan públicamente por anticlericales.

Un fuerte apretón de manos de su amigo

JOSE NAKENS

## ¿Se puede hablar de los jesuitas?

### Farsa social en tres jornadas

I

EN LA ESCRIBANÍA DEL JUEZ

—Oye, Martín, ayer estuvo otra vez aquella señora...

—¿Cuál?

—La del pleito del jesuita. ¡Pobre mujer! Da lástima verla... ¡Y pensar que sería millonaria si no se hubiera atravesado en su camino un jesuita!

—¡Chist! A ver si te oye D. Ezequiel... No te faltaba más que eso... Chico; yo no puedo hacer nada en esto.

—Sí que puedes; mucho podemos cuando queramos.

—En este asunto no; el juez no deja pasar una coma: todo lo lee, husmea y analiza. Ayer, cuando me devolvió las hojas de las declaraciones de los testigos, me dijo: «¡Cuidado, Martín, con lo que se escribe! Esa mujer es una lagarta que está movida por alguien... ¡Ojo con las frasecitas y los adjetivos sensibleros!» Y se ponía el índice en el ojo izquierdo... ¡Cualquiera se atreva!

—Sí, ya sé que tiene empeño en que el jesuita salga á flote, aunque su víctima se muera de hambre... Si no fuera porque necesita uno el cochino pedazo de pan que come, ya le diría yo al oído cuatro palabritas al abogado de esa mujer, y se chincharía el jesuita...

—¿Lo de la firma falsa?

—Y otras cosas peores; pero luego...

—Sí, te dan dos puntapiés y vas á la calle. Pero guárdate la *muy* y tira el cigarro, que ya viene por el corredor el cojo D. Ezequiel, y ya sabes que ese huele á incienso...

—¡Maldita sea! ¡Y no poder hablar!...

II

EN EL COMERCIO DE D. DIMAS

—¡Buenas tardes! ¡Uf, como está esto de gente! No se podrá usted quejar...

—No, gracias á Dios... Verdad es que aquí todo se hace á conciencia... ¿Quiere usted ver aquella seda *Liberty* violeta? La recibimos ayer; es una preciosidad.—¡Chico, tráete la *Liberty*, que está al lado de las piezas *búlgaras*!...

—Sí, es bonita, pero pide usted por ella un dineral... Escuche, D. Dimas, ¿conoce usted aquella señora de luto que ha salido ahora?

—La he visto varias veces por aquí...



—Dicen que sostiene un pleito contra los jesuitas.

—Sí, algo he oído de eso... Cosas del día que...

—Creo que la despojaron de una herencia, que le quitaron no sé cuántos miles, millones... En fin, una verdadera infamia.

—Por Dios, D.<sup>a</sup> Emilia, baje usted la voz, que está ahí cerca la marquesa de Ponsá del Valle, presidenta de las Damas Pías, y muy amiga de los Padres, y podría creer que yo... No hay que hacer caso de lo que dicen las gentes... ¡Los buenos Padres tienen tantos enemigos!... Son clientes de casa, y les conozco bien: créame, son incapaces de quedarse con un céntimo de nadie... Claro está que si se lo dan, pues no lo van á despreciar; pero ¿quitar? ¿despojar á nadie?... Esas son calumnias de cuatro borrachines de taberna...

—No, pues esto de la herencia es bien verdad: lo sé de buena tinta... Eso está muy mal... eso no lo manda Dios... Créame usted, entre los jesuitas hay también mucho pillo...

—Señora, hable bajo, por la Virgen... Ya ha vuelto dos veces la cabeza la señora marquesa, y las de Rinconillo que están allí revolviendo cintas, también... Esta es una casa católica... No quiero que nadie, ni remotamente se crea que aquí se murmura de los Padres... Bueno, ¿quiere usted la *Liberty* ó no?..

—La encuentro muy cara.

—Pues otro día será, y dispense, que me llaman en el escritorio. ¡Chico, recoge eso!... Vaya, abur... ¿Qué le importará á esta tía de las herencias de los demás?... ¡Buena la hacía si los Padres supieran que aquí se les recortaba la sotanal...

### III

#### EN CASA DEL PERIODISTA

—Ya creí que no venías á cenar...

—Hija, ya estaría aquí hace una hora; pero á última hora se ha presentado allí Berruguete, y nos ha estado dando la lata una hora al director y á mí.

—¿Quién es ese Berruguete?

—Aquel que estuvo de administrador en casa del marqués de Perales, y que siempre anda á la caza de cosas contra los jesuitas... Allí nos ha ido contando yo no sé qué historias de un jesuita que ha despojado á una señora de una herencia, y nos traía una porción de cartas y papелetes... Quería que hiciéramos una campaña de escándalo en el periódico...

—¿Y qué le ha dicho el director?

—Pues que *El Demócrata*, aunque diario liberal de buena cepa es identificado con los emancipadores ideales del de Romanones, no es una *España Nueva*, ni un *Motín*, ni un *Radical*... Que eso de los *crímenes del jesuitismo* son *clichés* ya pasados de moda, de mal gusto, que no dan juego... Se puso Berruguete como una fiera, y nos amenazó con írselo á contar á Soriano y á Lerroux y con que iba á hacer y acontecer... No sabía cómo quitárselo de encima, y le dijo: «Bueno, hombre, déjanos los papeles: ya los estudiará este y veremos». Y á mí me he han colgado el embolado.

—¡Ah! ¿Pero tú te vas á meter ahora en campañas antijesuitas? ¡Ahora que La Cierva te ha recomendado el pleito de los olivares contra tu cuñado? ¡Estaríamos frescos! Mira, devuelve esos papeles en seguida, y no te metas en líos ni en disgustos, y que se vaya Berruguete á la m... ¡Claro! Como él no tiene que perder nada... Pero, ¿tú crees que el director de *El Demócrata* tiene interés en esto?

—Menos que yo. ¡Menudo rapapolvo le echaría el conde!...

—Pues, entonces le dices á Berruguete que el que tenga agravios de los jesuitas, que se los calle ó se defienda él solo. ¡Vaya con el tío ese!...

FRAY GERUNDIO

## Lance

que empieza en verdad  
y acaba en cuento

Harta de procacidad,  
de escándalo y tiranía,  
alzóse mi patria un día  
al grito de libertad.

Corro armado á la refriega,  
encuentro al paso un amigo,  
le hablo con ardor, le digo  
que me siga, y él se niega,  
diciendo: «¿A ti qué cuidado  
te da si el mundo se abrasa?  
Deja hacer; el hombre honrado  
cuida sólo de su casa.»

Al cabo de cuatro meses  
le veo venir corriendo;  
estaba su casa ardiendo  
y en riesgo sus intereses.

Me abraza con frenesí,  
me dice que vaya y corra,  
que le ayude y le socorra,  
pero yo le respondí:

«Amigo, ¿á mí qué cuidado  
me da si el mundo se abrasa?  
Dejo hacer; soy hombre honrado  
y atiende sólo á mi casa.»

Muchos te piden favor,  
Pueblo; tú su dicha labras...  
Pero al buen entendedor  
salud y pocas palabras.

ROBERTO ROBERT

## LA TRATA DE NEGROS

### Fomento de vocaciones eclesiásticas

Non vos me elegistis  
sed ego elegi vos.

(Jesucristo á los suyos.)

Lo que ha venido á menos el oficio de cura, nos lo dice esta flamante Sociedad de señoras, que se ha constituido con el donoso título de «Fomento de Vocaciones eclesiásticas».

El hecho que engendra á esta Sociedad es el lamentabilísimo hecho de que se acaba la especie ó casta ó clase ó lo que sea, de aspirantes al santo sacerdocio. Los seminaristas quedan sin alumnos. No hay quien quiera ser cura.

Por lo cual, las aristocráticas damas han decidido fundar una especie de *padreros* disimulados con aquellos títulos de pésimo gusto, que hacen *pendant* al de la Sociedad para el «fomento del ganado caballar» u otro equivalente.

Por ahora, gracias á Dios, las ilustres damas no han de llegar al extremo de organizar estos *padreros* con el rigor de los *padreros* de Cuba, con los cuales tan

lindos negocios hicieron algunos eminentes católicos. De aquella industria cuéntase que los explotadores reclutaban de entre las negras las más frescachonas, y de entre los negros algunos bien fornidos, que no tenían otra misión que la de procrear negritos, sacados luego á la venta pública para esclavos.

Nuestras damas desean, es cierto, traer esclavos á la pobrecita Iglesia. Esclavos á quienes el Papa, los obispos, los Comillas, los jesuitas y los gobiernos puedan zarandear como á Verdaguer, Prat, Rojas y otros mil. Esclavos á quienes poder castrar legalmente, incapacitándoles para la generación legal y lícita. Esclavos á quienes matar de hambre y de asco, si ya no los llevan á la desesperación, á la locura y al crimen como á Galeote.

Por lo visto las damas españolas han llegado á conocer los horrores de esta esclavitud, y ya no encaminan sus hijos á la clerecía. No son del todo necias, si se acuerdan de que aquellos desdichados clérigos tuvieron madres; algunos la tuvieron tan ilustre como la que más de *lav* del Fomento. Y al recordar esto ¿cuál madre querrá arriesgarse á ver á su hijo escarnecido, deshecho y tratado como para?

Por lo cual, en vista de que las familias se niegan á dar la carrera eclesiástica á sus hijos, las damas, en vez de dedicarse á procrear ellas hijos para esto, se han acordado del poder del hambre, y han resuelto al problema.

¿Cómo no han de hallar ellas niños cuyos padres los cedan á la Iglesia, cuando los tribunales están trabajando sobre el comercio infame de niños españoles llevados al extranjero para ser explotados vilmente?

¿Cuántos millares de padres habrá dispuestos á vender sus hijos por el precio de un carnero ó de un aseo! ¿Y cómo no, si hay tantos padres que no tienen pan para taparles la boca! ¿Cómo no cederlos a un explotador, cuando se les están enroscando en el cuerpo la tisis, la escrófula y otros tiranos no menos temibles que el explotador!...

Si, indudablemente, las damas españolas hallarán para la explotación eclesiástica tantos candidatos como hallaban los explotadores aquellos.

Por ahora están constituyendo por suscripción pública el capital. En esta suscripción no toman parte, que sepamos, ni el Papa, ni los cardenales, ni los frailes, ni los párrocos millonarios... Esos llevan su dinero al Banco judío. Para el «fomento» ya sacarán sus ochavos las ilustres damas si quieren.

La nueva industria ó fomento ofrecerá á los padres que no pueden dar de comer á sus hijos, mantenérselos en el Seminario con tal que se den llenar de latines los cráneos, de callos las rodillas y de vanidad los espíritus.

¿Que no habrá candidatos? Vaya si los habrá. En los Hospicios y asilos de niños acuden á montones las peticiones de plazas. Y en último caso, si los padres no llevan directamente sus hijos al Semina-



ris, costará poco trabajo sacarlos de los dichos Asilos y Hospicios, que ya están dando un buen contingente á la sagrada milicia.

Ofrecer á los niños una vivien la confortable y al fin de la carrera la exención del servicio militar, una prebenda y el agasajo de las ilustres protectoras, es tentación no pequeña.

Esto sí que es saber pescar.

Al pez se le cog: con el cebillo, y por la boca. Por la boca y con cebo van á pescar vocaciones nuestras damis.

Sólo que al presentarse ante el Tribunal de Dios estos ministros así reclutados, el Señor les preguntará:

—Pero á ti Yo no te llamé. ¿Quién te llamó?

—¡Señor, Señor!—podrá responder el reo.—Me llamó el Diablo del Hambre. Me pusieron el plato delante diciéndome: si quieres comer, di que tienes vocación y que Dios te llama... Señor... yo no quería mentir, pero quería comer. Me comí la vocación.

Podría ocurrir que ni aun así hubiera vocaciones: que ni aun los hospicianos quisieran ser curas.

¿Cómo se arreglarán las damas? Ofecerán prima á los padres y tasarán la vocación del niño á tanto por cabeza. Será de ver la oscilación de este nuevo mercado.

No desesperen si ni aun así recabaran su propósito. Quedará todavía el recurso de acudir á los condenados del presidio.

El sacerdocio es una cadena perpetua—dicen—Cadena por cadena.

Con recabar de nuestros católicos gobiernos que conmuten la una por la otra, es posible que tengan resuelto el problema.

Y si ni aun así realizan su sueño, ¡ay! entonces habremos de reconocer que la santa estirpe está agotada.

Ni los hijos de familia, ni los hospicianos, ni los presidiarios... Ni con beca, ni con prebenda. ¡Si serán instructivos los ejemplos del P. Rojas, de Prat, de Verdaguer y de Gileote!

Milo, milo debe andar de crédito el oficio. Antes que la cadena de la Iglesia, la cadena del presidio...

¡Y pensar que tuvimos reyes diáconos y príncipes é infantes clérigos!... ¿Qué se han hecho aquellos tiempos en que el Emperador se hacía monje y los duques se hacían j:stas?...  
¡O!, tiempos felices, aquellos!

R. MAYOL

## De Rentería

El domingo 18 del corriente tuvo lugar en aquella industriosa villa de la provincia de Guipúzcoa el segundo acto civil celebrado en muy poco tiempo.

Consistió en el entierro de un niño de nuestro compañero Francisco Alvarez, á cuyo acto asistió bastante concurrencia de demócratas, que manifestaron con su

presencia sus anhelos de libertad y progreso.

Una vez la comitiva en el cementerio civil, el padre del niño, que presidía el acto, con voz vibrada por la emoción dió las gracias á la concurrencia, y enseguida el compañero Casal pronunció breves palabras recomendando á todos firmeza y valentía para obrar siempre acordes con las ideas que sustentamos de emancipación y libertad religiosa.

Actos como este son los que hacen falta con frecuencia para arrancar de las garras del clericalismo á esta querida España.

EL CORRESPONSAL

## Ciencia y religión

En brazos de un doctor y un sacerdote un enfermo expiró, ateo que en sus últimos momentos creyó en la religión.

El cura entre sus notas escribía con entusiasta ardor:

«Aunque ateo vivió, se ha convertido; que lo bendiga Dios.»

Y el doctor á su vez, en sus apuntes consignado dijo:

«El enfermo perdió el conocimiento desde ayer á las dos.»

## D. José de la Hermita

En su casa de Lestrove ha fallecido este hombre honradísimo, de venerable aspecto, que recordaba aquellos viejos hidalgos, nobles de corazón y nacimiento.

De ameno y sencillito trato, cortés por educación y naturaleza, era D. José el prototipo de la delicadeza y la corrección. Enemigo de habillitas, jamás sus labios se abrieron para murmurar de nadie.

Metido en su casona solariega, ya quebrantada por los años, que atestiguan las mohosas piedras de sus paredes, vivía completamente solo, abstraído de todo lo que á su alrededor pasaba, sin más ambiciones ni deseos que ver á la humanidad libre y dichosa.

Fueral hasta la exageración, apenas se preocupaba de su sustento. Toda su atención era para las cuestiones de alta política, y para los problemas filosóficos y religiosos.

Entonces, cuando en la conversación se tocaba alguno de sus temas favoritos, su cara se transfiguraba, de sus ojos parecían brotar chispas, y su voz de trueno se erguía solemnemente en medio del silencio de sus oyentes. Y aunque á veces era duro en el ataque, cual cuñía á su carácter varonil y franco, siempre su lengua permanecía muda ante las flaquezas y debilidades humanas.

Colaborador asiduo de periódicos avanzados, publicó varios folletos, dejando inéditos otros, que quizás algún día salgan á la luz.

A su extensa cultura unía una bondad sin límites. Multitud de hechos lo demuestran. Los vecinos de Lestrove son testigos de ello. ¿Quién, si necesitaba un haz de leña para calentarse en el invierno, ó algo que él le pudiera dar, era rechazado sin socorro por Hermita? Y lo peor es que entraban en su finca como en país con-

quistado, y el dueño no les decía nada. ¡Cuántas veces el pobre D. José, en lugar de perseguir al que hallaba cometiendo el hurto, se retiraba para no verse en el compromiso de reñirle!

Lo que hacía con los chiquillos que le robaban la fruta, era encantador. Los pequeños, sorprendidos en flagrante delito, comenzaban á chillar y trataban de arrojarlos de los árboles en donde estaban subidos. Pero él, con tono paternal, les decía que bajasen con cuidado para que no se lastimaran; que no les haría ningún daño.

Llenos de sobresalto natural, iban los muchachos descendiendo poco á poco, y todos medrosillos y encogidos llegaban al suelo. En aquel momento, terrible para los pequeños, los cogía de la mano y muy dulcemente los llevaba hasta la puerta, donde con cariño les decía al ponerlos en libertad:

—¡Cuidadito con volver otra vez! ¡Vuestros padres no os mandan hacer eso!

Y se volvía tan risueño, mientras los chiquillos no paraban de correr hasta hallarse bien lejos.

Pero lo que más caracteriza su condición bondadosa, es el caso que vamos á relatar.

Estaba en una ocasión D. José, como por desgracia le solía suceder con frecuencia, algo apuradillo de dinero. Tenía que pagar los consumos, y aquel año le habían aumentado exageradamente la cuota. No quería pedir cuartos prestados, ni vender nada. No sabía cómo salir del atasco.

Un día presentóse en su casa un tallista de no recordamos dónde y le propuso la compra de dos ó tres hermosos bojes que tenía en la huerta. Hermita vaciló en un principio, pero apremiado por la necesidad, aunque le dolía quedarse sin aquellos árboles, se decidió á venderlos.

El ajuste se hizo en diez y seis duros, que Hermita cobró en el acto, marchándose el otro después de señalar el día para cortar los referidos bojes.

Con el dinero cumplió D. José sus compromisos en seguida, no sobrándole un céntimo.

La víspera del día en que el aludido tallista había de ir á llevarse los árboles, al bajar Hermita por la mañana notó con sorpresa que los bojes ya no estaban en su sitio. Sin embargo, supuso que el comprador fuera quien los había llevado, aunque no dejaba de extrañarle el modo raro de hacerlo, como si se tratara de un ladrón.

Pero llega el día siguiente, y aparece el bueno del tallista reclamando lo que había comprado. La indignación de don José fué grande. Entonces comprendió que le habían robado.

Le cuenta al artista lo sucedido, lamentando no poder cumplir lo estipulado y rogándole que esperase un momento para arreglar el asunto.

Se marcha á Padrón á toda prisa, y busca á un pariente suyo y querido amigo nuestro. Le refiere el caso y le suplica haga averiguaciones á ver si se descubren los cacos. Recoge otros diez y seis duros y regresa á Lestrove. Le devuelve al tallista su dinero y quiere además abonarle los gastos del viaje; pero el forastero, persona correctísima, no lo consintió, intentando consolar á D. José, que estaba irridadísimo, de la pérdida sufrida.

Al cabo de unos días se presenta en casa de Hermita el mencionado pariente.

—Ya sé—dice éste á aquél—quiénes son los ladrones.

—¿Hombres? ¿Y cuántos son?



—Dos.

Don José da unos paseos por la habitación sin decir una palabra. Luego pregunta:

—¿Tienen hijos?

—Sí.

Vuelta á los paseos.

—¿Y qué son los padres?

—Labradores.

—Pobres, ¿verdad?

—No pueden ser más.

Continúa Hermida con los paseos. De pronto se para, y con aquella vez que hacía retremblar las paredes, exclama:

—Si yo fuera rico, esos hombres irían á presidio, porque entonces podría yo sostener á sus hijos. Pero ¿qué consigo con que vayan á la cárcel? Que ellos tengan cama y comida, mientras sus pobres hijitos se mueren de hambre. ¡No! ¡No doy parte! ¡Les perdono! ¡Sus hijos son los que los salvan!

Y Hermida se quedó sin el dinero y sin los hijos.

¡Pobre D. José! Nosotros le queríamos entrañablemente. Era un hombre bueno. ¡Y hay tan pocos!

Por eso, porque era bueno, su entierro estuvo tan concurrido. Numerosas personas de Padrón, Dodro y otros puntos acudieron á rendir el postrer tributo de amistad al finado.

Se le dió sepultura, conforme á su voluntad, en el cementerio civil de esta villa.

Reciba su familia nuestro más sincero pésame, especialmente el procurador don José Vázquez Batalla, que lo sintió como á un padre; y crea nuestro querido amigo que á nosotros nos causó también verdadera pena la muerte de D. José, cuyo recuerdo nunca se borrará de nuestra memoria.

¿Qué quién publica ese artículo acerca de Hermida, ilustrado é ilustre colaborador de EL MOTIN? ¿Algún periódico republicano ó anticlerical? No; un semanario conservador que se publica en Riarzo.

Esto da la medida de lo que era y lo que va á la irrevocable: digo que todos lloramos.

## Tribuna libre

### Paradojas republicanas

No es un secreto ni una novedad para nadie, que vivimos en el país de la paradoja.

Lo que pocos republicanos habrán pensado, es que pertenecemos al más paradójico de los partidos.

Proclamamos la democracia, ó sea la soberanía del pueblo, y aportamos la tiranía de unos cuantos pontífices del ideal republicano, que hacen mangas y capirotes de la voluntad de sus representados.

Hay ciertos hombres que defienden la unión republicana, y sin embargo, son los que más han trabajado para derunir al partido. En los labios de estos hombres, la palabra *unión* suena lo mismo que la de *patria* en los de los patrioterros de oficio.

Costa señaló entre los males que había de combatir el partido republicano,

la *oligarquía* y el *caciquismo*. Y no obstante, por sarcástica paradoja, el republicanismo se halla profundamente corroido por ambos vicios. La oligarquía se manifiesta claramente en los Comités supremos de partidos ó de conjunciones, y el caciquismo se halla mucho más desarrollado todavía; porque lo mismo lo vemos en las grandes poblaciones que en las pequeñas aldeas, en los grandes como en los pequeños Comités.

Nuestros jefes proclaman á vez en grito las excelencias de la libertad, pero no toleran que se discuta ninguno de sus actos, convirtiéndose en pontífices infalibles é inviolables, que excomulgan solemnemente á todo aquel que osa quebrantar la dura disciplina.

Somos los defensores de la igualdad, y á pesar de esto, hay individuos que si los encontramos á algún puesto de presidente ó de concejal, se creen seres sobreraturales, con superiores derechos á nosotros.

Y por último abogamos por la fraternidad de todos los pueblos y de todos los hombres, y no pasa día sin que veamos en los periódicos las más atroces injurias que se prodigan nuestros jefes, ó las luchas sangrientas y fraticidas entre republicanos de distintos grupitos.

Con lo cual, la fraternidad republicana resulta por el estilo de la de aquel ciudadano Nerón que canta en *La Marsellesa*:

*Y á todo jacobino  
que anhele aquí vencer,  
fraternidad y palo  
la enseña debe ser.*

Decididamente somos víctimas de la más cruel de las paradojas.

MANUEL GARCIA RAMOS

### El de capa corta

El jesuita de capa corta es un seglar que prefiere á afeitarse toda la barba, á vestir de negro y á la antigua, á admirar la oratoria sagrada, á asistir á las funciones de iglesia, á no poner su afecto en cosas de la tierra ni en seres profanos, á mirar la vida como un tránsito, la mujer como una tentación, el mundo como un lazo, el placer como un crimen, el cielo como recompensa á los pocos escogidos, y el infierno como última y perenne residencia de la inmensa mayoría del género humano. Este individuo es el mejor entre los suyos. Nació para demandadero de monjas, y el ciego destino hizo de él un caído honorario ó un soltero con ejercicio de archicofrade. Se salvará por sus propios méritos. Es inofensivo.

El malo, el temible, el que tiene este reotipada la sonrisa en el rostro, atraviesa el atrio del templo para que le vean. En público, dulce como la paloma; en privado, venenoso como la serpiente. Jamás se ha dejado llevar del primer movimiento. Algunos que la sociedad llama tontos, obran al primer impulso de su voluntad, entregándose á todos los

manos á la malicia del prójimo. Otros, y estos son los listos, después de contener el movimiento expansivo del corazón, le contrabalancean con la fuerza de la mente, procediendo en justicia, si no con generosidad. Mas los que aguardan el tercer acto de la volición, y después de haber visto el pro y el contra de las cosas, se deciden por lo tortuoso, por lo infame, por lo egoísta, por lo frío, por lo negro, esos son los malvados.

El contacto de estos seres produce desasosiego. Ni aman á su mujer, ni quieren á sus hijos, ni estiman á sus otros parientes, ni consideran á sus amigos, ni se fían de sus criados, ni creen en nadie. Como el mundo es un engaño, y el hombre se inclina al mal, y la mujer es instrumento de Satanás, en el pecho de estos desgraciados hay tan sólo una viscera, que la mano del egoísmo congela al tocarla. Y no hallando en el desierto mundanal punto alguno de reposo, buscan en el terreno eclesiástico, que á ellos se les antoja reparador casita, sitio donde ocultarse y poner á salvo su mezquino caudal. A la sombra de la Iglesia negociaban, concluyendo por explotar la sombra que les protege.

Tanto el seglar clérigo como el cura profano, son el anverso y el reverso de una medalla de mala ley, cara y cruz de una moneda que el hombre de claro juicio y honrado proceder debe rechazar por ser falsa.

F. M. y B.

### Misión perniciosa y misioneros agresivos

En la próxima parroquia de San Esteban se celebra estos días una misión cuyos oradores, frailes de no sé qué orden, hacen caso omiso de su ministerio y de la religión, y se enfrascan de lleno en la política.

Hablan de Romanones, de los republicanos y de todo menas del Evangelio, condenando al liberalismo y excitando á sus oyentes á combatirlo por todos los medios.

Los frailecos deben ser de armas tomar, según se puede ver por el diálogo siguiente, oído desde la puerta de mi casa á dos señoras:

—¡Ay, deña Fulana, si vira ó escándalo que se armó antes na misión!

—Y luego, mujer, ¿qué pasó?

—Pois que como era domingo é acuden tanta xente á oír os padres misioneros, todos querían coller os sitios mellores. Por causa de eso hubó empuxón, cousa mty natural; pero os frailes non ó creeron así, pois baixaron do púlpito é comenzaron á sopapo limpo con todo cristo que colleron por diante: homes, mulleres é nenos, pra todos houbo bfe-tadas é couces, é aínda mais de un a cruz se fren á ira d aqueles homes con hábito.

—Pero, mujer, ¿eso parece increíble!

—Pois así en medre non lle é, que ó



vin en po los meus ollos. Así e que falan de Fulano porque non vay á misa é vota contra os curas, é logo ten razón. La vou vendo que son un hatallo de lacazás.

—Mujer, tanto como eso no, que todos no son así.

—Déixeme d eles. ¡Si vira que bofetada lle arrearon ó fillo de Fulano, é que patada lle deron ó filla de Mangano, que quedou á pobriña sin sentido. Dígolle á verdá, si alí houbera homes dinos de tal nome, salir salen os frailes trotando, é non sey si nos levaría ó demo.

—¡Ave María, mujer! Ese modo de hablar...

—¡Pois si vira usted ó modo que eles tiñan de zoupar! En xa non penso volver, é si todos foian do meu modo de pensar, ó que é á cruz de aquí non volvía alá máis.

—Bueno, mujer, hay que tener paciencia.

—Sí, pro cando lle zurran á un á badana, xa ve.

—Que siga ven, señora.

—Adiós, mujer, adiós.

EL CORRESPONSAL

Jubia-19-5 13.

## Cuadro de honor

Casi en todas las fiestas que la Iglesia celebra no falta quien, alardeando de republicano y anticlerical, puesto que en conversaciones particulares hablan, vociferan y truenan contra los reaccionarios de todos matices, dejando tamañito al endemoniado Nakens; es tanto lo que deben tener arraigadas las *convicciones* que dicen profesar, que no desperdician ocasión para dar patente prueba de que su radicalismo no les llega á la altura de la hebilla de los zapatos del cura.

Y como quiera que en los tiempos que corremos las medias tintas sirven de estorbo para resolver libre y equitativamente los complicados problemas que en el concierto de la vida se nos presentan, creemos oportuno publicar los nombres de esos *republicanos* que en la ñoñería del pasado domingo hicieron *ardientes protestas* de su acendrado anticlericalismo, colgando el indispensable cubre cama adornado con la consabida cruz. Y lo hacemos con doble intención, para que tanto los rapavelas y apaga luces de Crónica, como los republicanos que en algo estimen su dignidad y consecuencia en el Ideal, tomen buena nota de ellos.

Hélos aquí:

Don Quintín López, exdirector de los semanarios republicanos *El Espejo* y *Fraternidad Republicana* y actual director de la *Revista de Estudios Científicos y Psicológicos*. También había regentado una escuela racionalista y tan racionalmente sentirla las ideas, que el hombre ha acabado por irracionalizarse.

Don Juan Muntañola, desinteresado hombre público y que debido á escrúpulos de conciencia renunció el acta de concejal para agarrarse á la Dirección del Mercado de la Independencia, cuyas gestiones han sido excesivamente bombardeadas por los plagadores y moralizadores de la carcunda y embustera *Crónica Social*.

Don Ramón Pont Bas, milita en la U.

F. N. R. v Propietario de nuestro cole *Llibertat!*

Don Antonio Aurell, sin ruborizarsele las mejillas y sin respetar la memoria del apóstol del federalismo, don Francisco Pi y Margall, comete la desaprensión de titularse discípulo del eximio Maestro, por lo que sus electores lo empaquetaron al Municipio cuando la malhadada Solidaridad, dando buenas pruebas de sus creencias asistiendo en cuantas procesiones los neos celebraron.

Don Pablo Palma, ídem de lienzo.

Don J. Costa dice que luchó al lado del Xich de las Barraquetas.

Don Magin Rodó Coll, exconcejal republicano é íntimo amigo de don Nicolás Salmerón. Por sus escritos en la prensa cualquiera se figuraría que es un furibundo anticlerical.

Don José Ventayol y don Francisco Ribas.

Don Miguel Castilla, ex concejal republicano.

Don Bonifacio Romero, hombre de muy mala pata, teósofo entusiasta y librepensador en la mesa de su biblioteca.

Los republicanos se enamoraron de él y en unas elecciones lo endosaron al distrito segundo, cuyos electores tuvieron el buen acierto de mandarlo á freir espárragos.

Cuando la visita de D. Alfonso XIII á esta ciudad, y correspondiendo á su fe republicana, adornó con flores la fachada de su casa, dando un soberbio mentís á los que tratándole de cerca no supieron conocerle.

Y aquí tienes, lector querido, una simple copia del CUADRO que en la tarde del pasado domingo, ensimismado por las dulces y cariñosas frases... de amor de mi futura compañera, presencié embebecido, y en algunos momentos llegué á *admirar* la desfachatez de ciertos individuos, que con tal de llenar el estómago, lo mismo les da pisotear que ciscarse en lo que para nosotros constituye lo más sagrado de nuestros ideales.

EL REPORTER

El Deber. (Tarrasa).

Y mientras los republicanos de Tarrasa hacen vergonzosos papeles por congraciarse con el clericalismo, del que dicen pestes cuando quieren que el Pueblo los vote para algo, á continuación publico lo que escribe Francisco F. Villegas (Zeda), literato de renombre, periodista de los buenos, redactor de *La Epoca* y católico:

Dedicado á los peregrinos

"La Virgen del Pilar dice....."

A más de 600.000 pesetas asciende el valor de la corona que algunos devotos regalan á la Virgen del Pilar.

(Noticia de la Prensa)

¡Qué alboroto en la iglesia del Pilar de Zaragoza! ¡Qué de clamores, imprecaciones y gemidos bajo las bóvedas sagradas! Hasta los más graves canónigos corren desatinados de un lado á otro, haldas en cinta, dando órdenes contradictorias, que no obedecía nadie, y mostrando en sus rostros, de ordinario tan reposados y se-

garenos, señales inequívocas de aturdimiento y de espanto; gritaban en agudísimo falsete los niños de coro, lloraban acólitos y monagos, y el pueblo, que acababa de invadir el santo recinto, lanzaba alaridos estruendosos.

En medio de aquella multitud enloquecida, el arzobispo, revestido con todos sus arreos sacerdotales, levantaba los brazos al cielo en actitud de congojosa supplica.

Y el caso no era para menos.

Del pilar en que posara sus pies divinos la madre del Salvador, había desaparecido la sagrada imagen, ante la cual se han prosternado innumerables generaciones. La Pilarica no estaba allí: nido abandonado parecía el camarín. Los ladrones,—porque aquello era sin duda fechoría de sacrilegos bandoleros—se habían llevado la imagen con todas sus joyas, con el tesoro riquísimo que á los pies de la patrona de Zaragoza han amontonado, durante largos siglos, reyes y magnates, prelados y cofradías.

Y el pueblo y el clero, ante lo que creían infame profanación, gritaban á una, vertiendo llanto y mesándose los cabellos:

—¡Nos han robado la Pilarica! ¡Nos han robado la Pilarica!

No, no estaban en lo cierto ni el obispo, ni el clero, ni el pueblo zaragano. La impiedad y el robo no tenían participación alguna en aquella misteriosa desaparición de la Virgen del Pilar. La madre de los afligidos, animando la escultura que en Zaragoza la representa, era la autora de aquel hecho estupendo.

Acaso pongan en tela de juicio tal milagro los hombres de poca fe; pero de otros tan inverosímiles como el que aquí se narra da testimonio, apoyándose en respetabilísimas autoridades, aquel rey á quien por antonomasia se llamó el *Sabio*. ¿No estuvo la Virgen en uno de sus dedos el anillo que en él puso cierto irreverente galán? ¿No vertió leche de su seno en los labios de San Bernardo? ¿No descendió de su altar para sustituir en sus humildes quehaceres á una monja andariego? ¿No sostuvo con sus manos los pies de un reo para que la cuerda no le ahorcase?

¿Pues qué de extraño tiene que dejara su imagen el pilar de Zaragoza para acometer más alta empresa, que por altísima la tengo, aunque sé que los mortales no podemos graduar el valor y el alcance de los divinos propósitos?

Es el caso que la Virgen del Pilar, llevando entre los pliegues de su manto su riquísimo tesoro, como en otro tiempo Santa Casilda los panes para los presos, deslizóse más que anduvo sobre las losas del templo, cuyas puertas se abrieron de par en par delante de ella; y haciendo brotar flores donde quiera que ponía los pies, cruzó montes enriscados, recorrió extensos valles, caminó por ásperos senderos y llegó por fin á los marchitos campos de Andalucía.

Algunos pastores que tienen sus majadas cerca del camino seguido por la Virgen, afirman que, á pesar de ser la noche aquella oscura como boca de lobo, vieron, deslumbrados, pasar por delante de sus chozas resplandores como de alborada.

¡Cuánta tristeza reinaba en los campos



andaluces! Por la pradera en que amari-  
lleaba la yerba apenas nacida, vagaban fla-  
cos y macilentos los ganados; el campo so-  
litario se resquebrajaba sediento; bajo un  
cielo sin nubes las alondras volaban sin  
rumbo, buscando en vano una charca en  
donde humedecer sus diminutas fauces.  
En las puertas de los cortijos, hombres de  
hoscó semblante contemplaban con som-  
bría fijeza las tierras asoladas por la sequía.  
Grupos de mujeres desarrapadas pordio-  
seaban por los caminos oprimiendo contra  
sus senos enjutos á sus hijuelos demacra-  
dos y más de una moza bizarra, que hu-  
biera podido ser gala de aquellos campos  
y guardadora de un hogar honrado y fe-  
cundo, caminaba hacia las ciudades leja-  
nas á cambiar su honra por un mendrugo  
de pan.

Cuando mayores eran la angustia y de-  
sesperación de aquella gente miserable,  
obróse un divino prodigio. Por las aradas  
endurecidas avanzaba una mujer de celes-  
tial hermosura: cercaba su cabeza nimbo  
luminoso, destellos de luz celestial brilla-  
ban en sus pupilas, y así como el sembra-  
do arroja á uno y otro lado la semilla, así  
ella, con sus manos delicadas y blancas  
como los lirios de los valles, derramaba  
diamantes, perlas, rubíes y esmeraldas,  
toda la inútil riqueza de su fastuoso cama-  
rín, todo lo que una piedad mal entendi-  
da había hurtado á la caridad.

Un grito formidable, alarido de júbilo,  
clamor de gratitud inmensa, elevóse hasta  
los cielos. Aquellos dones derramados por  
las divinas manos eran el pan, la honra, la  
esperanza, la vida, para millares y millares  
de desventurados. Y bien pronto, una mu-  
chedumbre inmensa siguió á la celeste  
sembradora, recogiendo las dádivas de su  
misericordia inagotable.

..

Tan grande como había sido la desespe-  
ración de los zaragozanos cuando echaron  
de ver la fuga de la Pilarica, fué su gozo  
cuando al día siguiente la vieron de nuevo  
en su altar.

Allí estaba más hermosa que nunca,  
pero sin una sola joya; el oro y las piedras  
preciosas habían desaparecido de su man-  
to; nada de colares en su garganta, ni de  
joyeles y briquios en su pecho. Su coro-  
na era una guirnalda de flores silvestres;  
su relicario estaba vacío.

—Excelsa señora—díjole el arzobispo  
de rodillas.—os han despojado de vues-  
tras riquezas; pero el pueblo de Zaragoza  
y el de toda España colmará vuestro ca-  
marín de joyas tan ricas y preciosas como  
no las poseen las testas coronadas.

Calló el prelado, y entonces,—así lo ase-  
guran varones piadosísimos,—la imagen  
abrió los labios y habló con voz que pare-  
cía venir de lejanas regiones.

—No me traigáis alhajas; no me ador-  
néis con piedras preciosas; llevad á los  
pobres esas riquezas que me ofrecéis; re-  
partidlas entre los descalzos, entre los des-  
nudos, entre los hambrientos. Traedme  
las lágrimas que con ellas logréis enjugar,  
y en verdad os digo que en más he de es-  
timarlas que cuantas perlas ocultan los  
mares en sus senos profundos.

Así dicen que dijo la Virgen del Pilar.  
ZEDA

## Muerte misteriosa

De *El Progreso* de Barcelona son los  
siguientes datos sobre la muerte miste-

riosa de la niña de dos años de edad, Mer-  
cedes Vila, ocurrida en el *Asilo Cuna* de  
Mataró.

El viernes 2 del corriente, Concepción  
Vila fué á visitar á sus dos hijas, Dolo-  
res y Mercedes, de cuatro y dos años de  
edad respectivamente, que se hallaban en  
el Asilo mediante una pensión, y las dejó  
rebosantes de salud, saliendo de la visita  
muy satisfecha.

Aquella misma noche, Sor Teresa, la  
Superiora del Asilo, llamó al médico del  
Hospital para que certificara la defunción  
de la niña Mercedes, y la permitiera con-  
ducir el cadáver al Hospital; el médico se  
negó por no saber la causa que originara  
la muerte de la niña.

Otro médico, amigo de la casa, certifi-  
có la defunción, hecho lo cual, sacaron  
el cadáver del Asilo aquella misma noche  
y lo llevaron al taller de Vicente Ros,  
carpintero del Asilo.

A las cinco y cuarto de la mañana del  
sábado 3 fué conducido el cadáver al ce-  
menterio sin acompañamiento alguno.

El mismo sábado á las tres de la tarde,  
avisaron á la madre que fuera al Asilo,  
que Merceditas estaba enferma.

A las cinco fué la madre al Asilo, oyen-  
do de los labios de la propia superiora,  
que Mercedes había muerto y que ya es-  
taba enterrada.

Las hermanas persuadieron á la madre  
á que permaneciera en el Asilo, y allí la  
tienen casi secuestrada, no permitiéndola  
hablar con nadie.

Francisco Girbau, jefe de la familia  
donde vivía Concepción Vila, fué á ha-  
blar con ella al Asilo, y un guardia mu-  
nicipal le hizo salir, manifestándole que  
era imposible verla ni hablarla.

Existe gran contradicción entre lo ma-  
nifestado por la superiora y el carpinte-  
ro, pues mientras aquella asegura que  
el cadáver de Merceditas no salió del Asi-  
lo sino para el cementerio, el carpintero  
sostiene que la superiora llamó á su mu-  
jer y le suplicó se llevase el cadáver al  
taller de su marido, como así se hizo,  
conduciéndosele después de hacerle el  
ataúd, desde el taller al cementerio.

Estaré á la mira de lo que *El Progreso*  
diga sobre este asunto extraño, para ver  
la solución que se le da y hacer entonces  
los comentarios debidos.

## Carta abierta <sup>(1)</sup>

Sr. D. José Nakens.

Mi viejo y estimado compañero: He  
leído con pena el artículo del pobre Mo-  
rote y la carta de D. Ramón Vall, inser-  
tos en *EL MOTIN* del 15 del corriente;  
con pena no solamente por las amargas  
verdades que contienen, sino por algo  
peor; porque yo no creo ya ni en la efi-  
cacia de la enseñanza laica.

Allá va la razón. Mi inolvidable amigo  
D. Vicente Ramírez Brunet, al que recor-  
darán aún muchos gaditanos, y cuantos

(1) Ocurrida en un hotel que era

le recuerden no habrán olvidado que era  
*un justo*, sostuvo durante treinta años su  
colegio pestalozziano, laico, combatiendo  
hasta caer rendido, no tanto por la gue-  
rra que le hacían los clericales cuanto  
por la falta de apoyo y sobra de mala vo-  
luntad de los... *librepensadores*. Pues bien:  
poco antes de morir me decía: «He educa-  
do dos generaciones; algunos de mis an-  
tiguos discípulos son hoy padres de fa-  
milia; y... ¿sabe usted lo que he logrado?  
Pues ninguno de ellos es anticlerical. En  
cambio uno... ¡cantó misal

Otra razón. Esta me toca tan de cerca  
que me lastima. Yo he tenido á mi hija ale-  
jada de la Iglesia para evitar que le enve-  
nenara el alma la horrorosa enseñanza  
papista; se ha casado luego con el hijo  
de un protestante; pues—prepárese us-  
ted—ahora él alardea de católico y ella  
enciende luces ante vírgenes de madera.

Y es que estamos tan podridos de pa-  
pismo los españoles—con excepciones  
raras—que ya no hay salvación para nos-  
otros.

Y, sin embargo, yo, con mi incurable  
pesimismo á cuestas y todo, le digo: me  
parece bien lo de la Enseñanza Nacional  
que el Sr. Vall propone; si se realiza,  
cuenta con que ayudará todo cuanto pue-  
da y un poco más aun su viejo comi-  
litón que siempre le quiere

ISAURO L. OCHOA

Cádiz 19-V-18.

## Denuncia falsa

Por amar más de la cuenta á un niño,  
ha sido encarcelado Vicente Bianchi, cu-  
ra de una localidad de la comuna de Pi-  
teglia (Italia) en virtud de la denuncia  
presentada por el padre de la criatura.

En todo esto se ve claramente la ma-  
no de la perversa masonería y el infame  
liberalismo.

¿Cómo si fuera posible que un minis-  
tro del Señor cometiese crimen tan ne-  
fandol

Si hubiera sido profesor de una escue-  
la laica, nadie lo dudarla. Mas siendo sa-  
cerdote, y por consiguiente casto, ¿quien  
habrá tan vil que se propase á creerlo?

¡Maldición sobre los impíos que espar-  
cen calumnias tan horribles, y sobre los  
jueces que se basan en ellas para encarce-  
lar á un sacerdote de aquellos sobre cuyas  
faltillas echaba su manto el señor Cons-  
tantino (q. e. p. d.), cuya apoteosis acaba  
de hacer ahora la Santa Madre Iglesia.

## CIENCIA Y RELIGION

Por Malvert

85 grabados.—Precio, 1 peseta.

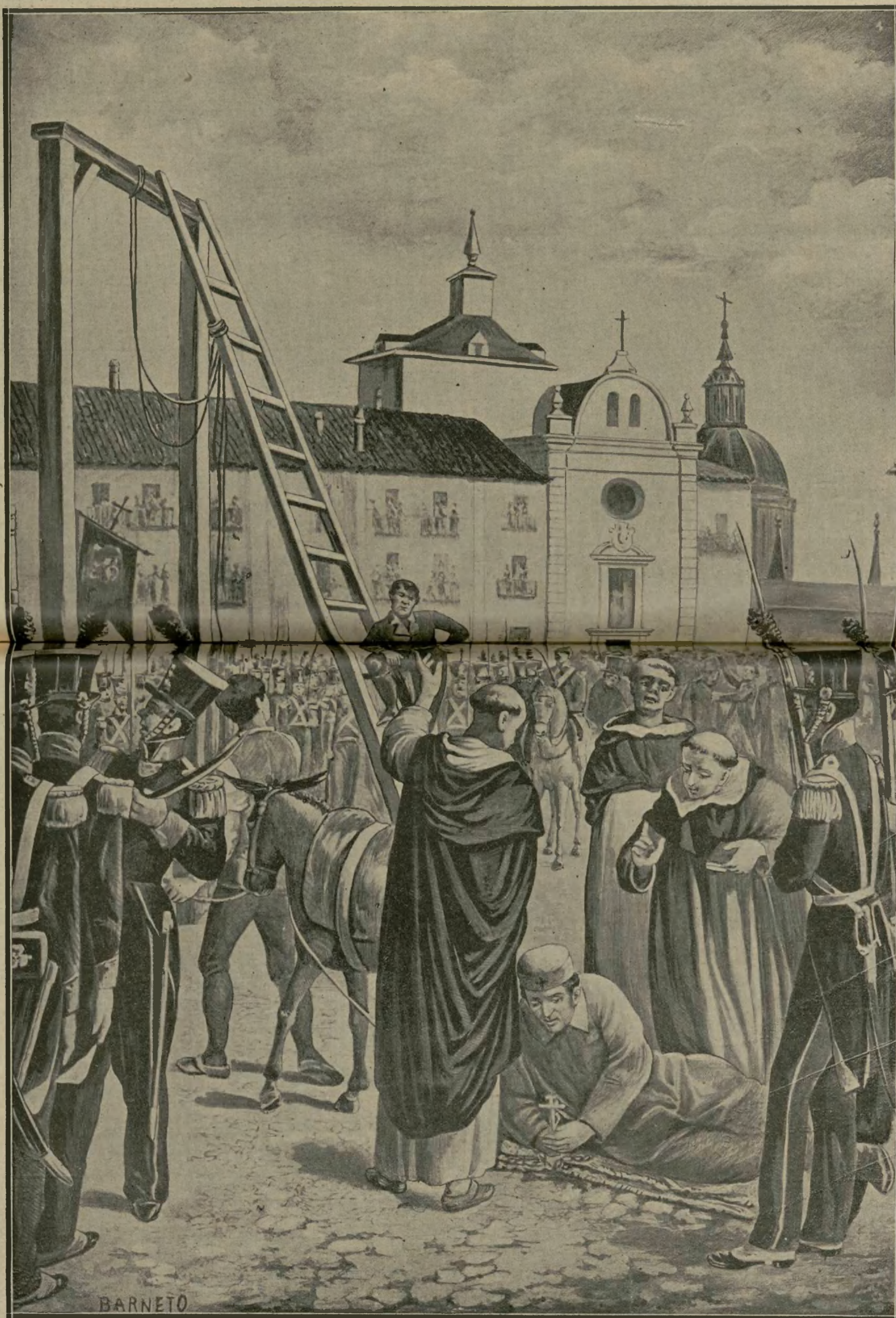
## Tarjetas postales

Cuatro colecciones de diez  
cada una, á 50 céntimos. Tor-  
mentos de la inquisición.

Ayuntamiento de Madrid



# EL MOTIN



Suplicio del general D. Rafael de Riego.  
Ayuntamiento de Madrid

(Cuadro de Barneto.)



# Suscripción "Cruz Roja,"

	Pesetas.
Suma y sigue.....	3167' 8
Vicente Moreno (Peñaranda de Bracamonte).....	3'00
Marcos Escribano (Cáceres)...	7'00
Luciano Escribano (Ruanes) ..	3'00
M. Miñón (Orotava).....	6'00
José Centeno Díaz (Sevilla)...	0'50
Francisco García Carvajal (Piedraita).....	10'00
Un admirador de Nakens (Puerto de Santa María).....	0'50
Antonio Lucea (Vilabella)...	1'00
Francisco Contanza, 0'50.—Bautista Blasco, 0'30.—Isabel Aparicio, 0'20.—Juan B. Gorriaz, 0'50.—Joaquín Aguilar, 0'25.—Ubaldo Zorita, 0'50.—(Todos de Soneja).....	2'25
Evaristo Vieta (Barcelona) ..	3'50
Arsenio Torres (Colombres)...	0'50
Guillermo Zamorano (Binéfar)	2'00
Manuel Ibars (idem) .....	0'50
J. Peinado (Ronda).....	5'00
José Catalá, 4'50.—Gregorio Martí, 4'50.—Tomás Herbás, 2'10.—José Cano, 4'50.—Mateo Meseguer, 2'10.—Lorenzo Ferrando, 2'10.—Julían Malonda, 2'10.—Amador Fayos, 4'50.—Francisco Arroyo, 2'10.—Gregorio Llopis, 4'50. (Todos de Buenos Aires).....	33'00
<i>Del Círculo Republicano Obrero del Barrio (Murcia).</i>	
Ignacio Zúñiga, 5'00.—Uno del barrio, 2'00.—José Gabaldón, L. Sánchez, Antonio Escobar, José Carrasco, con 1'00	
Ramón Sola, J. González, Pedro del Olmo, Manuel Meratín, Alfonso Ruiz, Francisco Mengual, Juan Sánchez, con 0'50.—Manuel Murcia, José Serna, Jesús García, Domingo Valero, Francisco Sola. Antonio Peñalver, José Rubio, Cristóbal Balibrea, Antonio Palop, Eduardo Ortiz, Miguel Garcerán, Juan J. Martínez, Antonio Mora, Eugenio Lucas, con 0'25.—José Codinas, José Soler, Manuel Díaz, Manuel Ramos, Agustín Antón, con 0'15.	
Francisco López 0'10.....	18'85
<i>Del Círculo Republicano Reformista de Murcia.</i>	
Julían Pérez, 5'00.—Gerónimo Bautista, 0'50.—Francisco Callejas, Francisco Tarreda, Domiciano León, Vicente Ferrer, José Puertá, Domingo Payans, José Guillén con 0'25.....	7'25
Suma y sigue.....	3271'63

Suma anterior.....	3271'63
<i>Del Centro Republicano Radical de Murcia.</i>	
Miguel Rivera, José María Aulló, con 2'00.—Luis Sellés, 1'50.—José Saura, Juan Cardona, Félix Cardona, José Berbegal, Manuel Zamorano, José García, Fernando Amorós, con 1'00.—Joaquín Cardona, Raimundo Muñoz, Salvador Rias, José María Sánchez, Luis Guirao, con 0'50.—Antonio Costa, José López, Felipe Montalvo, Mariano Montalve, Amalia López, Lorenzo Villaplana, Agustín Salazar, Lino Torres, con 0'25.—Ángeles Montalvo, Ricardo Serna, con 0'15.—José Villaplana, Celestino Molina, Eduardo Lucas, Rafael Fernández, Antonio Moreno, Rafael Esparza, José Durán, Consuelo Durán, Juan Guzmán, Juan Moreno, Diego Almansa, Teresa de la Aldea, Basilia Guierrez, con 0'10.....	18'60
Antonio Ambroa (Barcelona).	2'00
Francisco Tomás y José Betancor, 3'00.—José Brito, 1'00.	
José Rodríguez, 1'00.—Miguel González, 1'00.—Tomás Santana, 1'00.—Juan Ramírez, 1'00.—Antonio Betancor, 1'00	
S. Navarro, 0'50.—Caixto García, 1'00.—Miguel Agramonte, 5'00. (Todos de la Palma de Canarias).....	15'50
Antonio Bella (Barbará).....	1'00
José Vadri.....	0'50
Gerónimo Cuatrecasas (Montblanch).....	1'50
Ramón Timoneda (Llorens de Ballbona).....	4'00
Pablo Carbonell (Sueca)...	2'00
Eloy Antuña de Goicoechea (La Felguera).....	5'00
Fermin Navarro (Huelva)...	1'50
Mercedes Lasheras, 0'25.—Etelvina Lasheras, 0'25.—Leocadia Núñez, 0'25.—Ramón Izquierdo, 0'50. G nzilo Martín, 0'50.—Carlos del Campo, 0'50.—Juan Lasheras, 0'50.—	
<i>Los que siguen son niños sin bautizar.</i>	
Sofía del Campo, 0'25.—Anibal del Campo, 0'25.—Armando del Campo, 0'25.—Aida del Campo, 0'25.—Hugolina Ferrer, 0'25.—Julietta Ferrer, 0'25. (Todos de Almadén.—Ciudad Real) .....	4'50
Una lectora de Nakens, 0'25.—Un republicano independiente, 0'75.—Un joven descatolizado, 0'75.—Salvador Pérez, 0'50.—Antonio García, 0'50.—Antonio Expert, 0'50. (Todos de Carlet) .....	3'25
Francisco Martín (Azuaga)...	2'00
Suma y sigue.....	3332'98

## Páginas clásicas

De la novela picaresca *Guzmán de Alfarach*:

«Es el pobre moneda que no corre, concejo de horno, escoria del pueblo, barreduras de la plaza, asno del rico; come más tarde, lo peor y mas caro; su real no vale medio; su sentencia es necesidad, su discrección locura; su voto escarnic; su hacienda del comun; ultrajado de muchos y aborrecido de todos. Si en conversacion se halla, no es oído; si lo encuentran huyen del; si aconseja, lo murmuran; si hace milagros que es hechicero; si virtuoso que engaña; su pecado venial es blasfemia; su pensamiento castigan por delito; su justicia no se guarda; de sus agravios apela para la otra vida; todos lo atropellan, y ninguno lo favorece. Sus necesidades no hay quien las remedie, sus trabajos quien los consuele, ni su soledad quien la acompañe. Nadie le ayuda, todos le impiden, nadie le dá, todos le quitan, á nadie debe y á todos peca. Desventurado, y pobre del pobre, que las horas de reloj le venden, y compra el sol de Agosto. Y de la manera que las carnes mortecinas y desaprovechadas, vienen á ser comidas de perros, tal como inutil, el discreto pobre viene á morir comido de necios.

¡Cuán al revés corre un rico! qué viento en popa! con qué tranquilo mar navega! qué bonanza de cu'dad! qué descuido de necesidades ajenas! Sus alhollies llenos de trigo, sus cubas de vino, sus tinajas de aceite, sus escritorios y cofres de moneda. ¡Qué guardado en el verano del calor! que empapelado en el invierno por el frío! De todos es bien recibido; sus locuras son caballerías; sus necesidades sentencias; si es malicioso, lo llaman astute; si pródigo, liberal; si avaricio, reglado y sabic; si murmurador, gracioso; si atrevido, desenvuelto; si desvergonzado, alegre; si mordaz, cortesanc; si incorregible, burlon; si hablador, conversable; si victioso, afable; si tirano, poderoso; si porfiado, constante; si blasfemo, valiente; y si perezoso, maduro; sus yerros cubren la tierra; todos le tiemblan, que ninguno se le atreve; todos cuelgan el oído de su lengua para satisfacer á su gusto; y palabra no pronuncia, que con solemnidad no la tengan por oráculo. Con lo que quiere sale; es parte, juez y testigo; acreditando la mentira, su poder la hace parecer verdad, y cual si la fuese, pasa por ella. ¡Cómo lo acompañan! ¡cómo se llegan! ¡cómo lo festejan! cómo lo engrandecen! Ultimamente pobreza es la del pobre, y riqueza la del rico; y así donde bulle buena sangre, y se siente de la honra, por mayor daño estiman la necesidad que la muerte; porque el dinero calienta la sangre, y la vivifica; y así el que no lo tiene, es un cuerpo muerto, que camina entre los vivos: no se puede hacer sin él cosa alguna en oportuno tiempo, ej: cutar gusto, ni tener cumplido deseo.»

MATEO ALEMAN



## La lámina de hoy

Los mártires de la Libertad

### RIEGO

Don Rafael del Riego y Núñez, célebre general y político español, mártir de la Libertad, defendió en su juventud la causa nacional contra los invasores franceses, distinguiéndose en varios combates por su bravura e intrepidez. Asistió á la batalla de Espinosa de los Monteros y en ella cayó prisionero.

Conducido á Francia, aprendió allí la lengua del país, leyó á los poetas, á los filósofos y á los grandes escritores franceses, y cobró sincero amor á los verdaderos principios de la Revolución, hallando en ellos nuevos motivos de reprobación contra el déspota y degenerado rey Fernando VII, que pretendía dominar á España.

Repatriado cuando finalizaba el año 1814 y reintegrado al ejército con el grado de teniente coronel, veía con disgusto la conducta del rey, que restableciendo el absolutismo, abrió camino á los más atroces excesos.

El liberalismo imperaba en la mayoría de los oficiales del ejército, y Riego, aprovechando la disposición de un grupo de ellos, dió el grito de alzamiento el 1.º de Enero de 1820 en las Cabezas de San Juan, proclamando el restablecimiento de la Constitución. No es posible detallar en esta sucinta nota biográfica las peripecias de la lucha de Riego contra el poder absoluto. Basta recordar que sus esfuerzos vieron coronados por el éxito, y que Fernando VII hubo de ceder aceptando la Constitución, con lo que se agigantó la figura del iniciador de la revolución, llegando el rey á prodigarle en la Corte muestras de rara benevolencia, llegando á admitirle entre sus íntimos.

Pero todo era fingimiento y falacia. Fernando VII aborrecía con su alma villana á Riego, hasta que recobrando el monarca su autoridad absoluta, se vengó cumplidamente del que no había cometido otro delito que procurar á su patria la libertad que apetecía.

He aquí ahora la copia de la «Acusación criminal contra D. Rafael del Riego, en los procedimientos seguidos ante el segundo tribunal de Alcaldes de Casa y Corte»:

«Serénísimo Señor: Si el magistrado encargado en los procedimientos seguidos para averiguar la conducta del traidor Riego hubiera de enumerar todos los crímenes y todos los atentados que presenta el cuadro de su vida, sirviendo de complemento el crimen de alta traición, de que también resulta acusado, no serían suficientes los días de una semana para ponerlos de manifiesto. La concisión que es impuesta á este ministerio, el poco tiempo que ha tenido entre sus manos los procedimientos, en el cual sólo ha consultado el interés de la vindicta pública, no le permite ser difuso en su exposición, porque es necesario que el más grande, el más atroz de los delitos sea prontamente castigado. Después de estos motivos, y atendiendo á que esta causa debe ser juzgada sin dilación, el magistrado á quien se le ha sometido la acusación, se ve obligado á circunscribir y reducirla á uno solo de los innumerables crímenes que se imputan al acusado, el crimen de alta traición. El pueblo español está pidiendo venganza á todos los crímenes cometidos en España

durante la revolución: la sociedad y el pueblo acusan á Riego como uno de los más culpables revolucionarios, que después de haberse insurreccionado contra el gobierno legítimo de nuestros reyes, ha causado tantos males á esta noble y generosa nación española.

El infame Riego, después de haberse aprovechado de la cobardía de sus soldados, que debían marchar para apaciguar la América, olvidando los deberes que le imponían la misión de que estaba encargado, proclamó una Constitución abolida por su soberano como destructiva de sus derechos sagrados: el infame Riego, repito, es el autor de todos nuestros males. El fué el que hizo arrasar de lágrimas los ojos de un Rey justo y magnánimo por los males que estaba sufriendo la desgraciada España: él fué el que arrojó y dió con el pie á los más santos deberes, quien olvidó los juramentos que había prestado á las banderas del Rey su señor en el momento que entró en la carrera de las armas; fué Riego, en fin, el que, no solamente publicó aquella proclamación, sino que, poniéndose á la cabeza de una soldadesca desenfrenada, ha violado el territorio español, obligando á sus habitantes por el terror de las armas á que participaran con él de la traición y del perjurio, destituyendo autoridades legítimas, constituidas, reemplazándolas con autoridades constitucionales, compuestas de facciosos y de rebeldes, y forzando al Rey á que aceptase aquel odioso sistema, origen de tantos males para la España.

Si vuestro fiscal, Serénísimo Señor, usando del derecho que le concede su ministerio, fuera á reunir todos los cargos que se presentan contra Riego, producirían una serie de crímenes de todas especies, que han indignado de tal manera al pueblo español, que en todas partes de la Península claman espontáneamente: «Muera el traidor Riego! ¡Viva el rey absoluto!»

Sin duda alguna, el motivo de la pugna ocurrida en la causa de Riego, motivo desenvuelto en el Real decreto del 2 del presente mes, impone á vuestro fiscal en la obligación de fundar especialmente la acusación sobre el horrible atentado que este traidor ha cometido al votar por la traslación del Rey y real familia á Cádiz, empleando la violencia y la amenaza contra la resistencia de S. M., que rehusaba enérgicamente obedecer á una Asamblea descomulgada y que llevaba la audacia hasta despojar al Monarca cautivo de la autoridad efímera que la revolución había consentido dejarle.

En la causa que se sigue, tenemos á la mano todos los documentos, todas las pruebas que en las demás causas de una naturaleza menos grave son indispensables para hacer una aplicación justa y proporcionada de las penas á los delitos. En esta, el delito está en la violencia empleada contra el Rey y nuestro señor por haberle forzado á adherirse, á pesar de su resistencia, á la traslación á Cádiz: crimen sin ejemplo en los anales del pueblo español. Esta asimismo en la creación de una regencia, á consecuencia de la proposición que en aquellas mismas Cortes y sesiones hizo el diputado Galiano, otro traidor y cómplice de Riego; y todos aquellos actos de violencia y rebelión constituyen evidentemente el crimen de lesa majestad, que nuestras leyes castigan con la pena de muerte y otras penas infamantes, según lo marca el título II, partida 7.ª, conforme en un todo con la Recopilación.

El fiscal le reconoce como atentado, y de ello se halla convencido el nombrado Rafael Riego, uno de los diputados por quien fué adoptada la odiosa proposición de Galiano. La prueba de su culpabilidad resulta, no solamente de las informaciones tomadas por la Audiencia de Sevilla, sino que se encuentran corroboradas por todos los diarios de la época, que manifiestan con minucioso relato la escandalosa sesión del 11 de Junio próximo pasado, en donde aparecen los votos de los culpables, votos que hacen brillar en todas las pruebas materiales que hemos recogido una luz más viva que la de la evidencia.

Por todas estas consideraciones, el fiscal pide que el traidor D. Rafael de Riego, acusado y convencido del crimen de lesa majestad, sea condenado al último suplicio, confiscados sus bienes en beneficio común, su cabeza puesta en las Cabezas de San Juan, y su cuerpo dividido en cuatro cuartos, que sean conducidos: uno á Sevilla, otro á la isla de León, el tercero á Málaga y el cuarto expuesto en esta corte, en el lugar acostumbrado: así lo demanda el fiscal por el interés de la vindicta pública, cuya defensa le está confiada, y en virtud de los derechos que le son cometidos en su calidad de procurador del Rey.

Madrid 10 de Octubre de 1823.

Esta sentencia fué cumplida en todas sus partes el día 7 de Noviembre del mismo año.

Desde la cárcel hasta el pie del cadalso, Riego fué arrastrado sobre un serón del que tiraba un burro, mientras un sacerdote caminaba á su lado mostrándole un crucifijo y otro cura agitaba fúnebremente una campanilla.

El reo iba escoltado por un batallón y la pena de muerte se aplicó en la Plaza de la Cebada, mientras lanzaba feroces gritos aquel populacho soez, embrutecido por la monarquía absoluta y la frailería.

Y es fama que un sacerdote golpeó el cadáver de Riego antes de que el verdugo lo descuartizase.

El nombre de Riego está escrito con letras de oro en las Cortes de España.

J. CABALLERO DE LA VEGA

Barcelona.

## ROMERÍAS Y PEREGRINACIONES

Para instrucción de los curas que desean llegar á cánigos organizando romerías silvestres, y para edificación de los mansos borregos de Cristo que á ellas acuden, publicamos los pensamientos de muchos hombres de la Iglesia, y aun de los fundadores de la religión cristiana sobre tal clase de alegres fiestas.

### PRIMERA

Los que peregrinan mucho rara vez se ponen en estado de gracia.

*El abate Gersen.*

### SEGUNDA

No hay necesidad de imágenes para adorar ni de templos para orar, porque estando Dios presente en todas partes, en todas partes podemos invocarle, y en todas partes nos puede oír.

*Pedro Buis (en el siglo xvi).*

### TERCERA

Cuenta Flavio Josefo que decía Jeroboán á los israelitas: «Populares míos: bien creo que conocéis que en todo lugar está Dios; en cualquiera parte oye nuestros votos y atiende á los que le dan culto; por tanto no me agrada que vayáis á Jerusalén por motivo de la religión.»

### CUARTA

Cuando las peregrinaciones y romerías no tienen de religioso más que la apariencia, y en su fondo germinan odios y se persiguen fines mundanos contrarios á la justicia, á la moral y á la razón, receta Dios mismo por mano de Malachías:

«Maldeciré vuestras bendiciones y esparciré sobre vuestros rostros el estiércol de vuestras solemnidades, y con él seréis removidos.»



QUINTA

No séis como los gentiles, que rezan por las calles y plazas y en las sinagogas (iglesias), creyendo que serán oídos de mi padre. Vosotros, encerrados en vuestra cámara, rezad en secreto.

*Jesús (San Mateo, cap. IV).*

SEXTA

San Gregorio Niceno receta á los que peregrinan á Jerusalén, diciendo: «Peregrinad de la tierra al cielo, no de vuestro país á Palestina.»

SÉPTIMA

Cuando el Señor llama á los benditos para conseguir la herencia del reino celestial, no cuenta entre las buenas obras que conducen á este fin las peregrinaciones. Cuando anuncia la bienaventuranza, no comprende esta obra meritoria. Considere, pues, cualquiera que tenga entendimiento, qué motivo puede haber para ejecutar una obra, la cual no es necesaria para conseguir la bienaventuranza.

*San Jerónimo (Epístola titulada Los que van á Jerusalem en romería).*

OCTAVA

¿Qué son sino estiércol, inmundicia y abominación esto que se llama solemnidad, fiesta ó romería? ¿Qué son muchas veces sino torpes cultos á Venus, en vez de devotos obsequios á Dios y á sus santos? ¡Y al fin, este estiércol á cuántas desdichadas les sale á la cara pasados algunos meses! Colijo que las romerías son como unos cometas de larga cola.

Coloquios desenvueltos de uno á otro sexo, rencillas y barracheros son el principio, medio y fin de las romerías.

FEIJÓO

## PRIMERO VIVIR

Al obrero moderno, que ya no espera las felicidades de la gloria eterna, sino que busca mejorar la vida presente para él y para los suyos, se le acusa de positivismo y de grosero materialismo.

Lo espiritual y poético era trabajar para el cura y para el señor propietario, viviendo miserablemente los trabajadores para que pudiesen vivir con todo lujo los parásitos holgazanes.

Afanarse en provecho de los privilegios y recibir de éstos desprecios y malos tratos será muy bello, pero no nos conviene.

Preferimos ser groseros materialistas y positivistas utilitarios á la belleza de admirar los vistosos trajes de los señores mientras nosotros vamos desnudos; á la esplendidez de sus banquetes, mientras nosotros no tenemos pan; á la magnificencia de sus palacios, mientras nosotros nos resguardamos de la intemperie en miserables cabanas; á todas las grandezas de su vida, mientras nosotros nos arrastramos en la pequeñez de nuestra pobreza.

Los esplendores de los magnates no nos halagan ni nos causan admiración; más bien repugnancia y odio es lo que sentimos al vernos despojados de lo necesario para que los zánganos de la colmena social disfruten de lo superfluo.

El vino que se derrama en las orgías lo sudaron penosamente los campesinos que sólo beben agua; los succulentos manjares, las ricas telas, todo cuanto derrochan los

inútiles, ha sido cultivado, fabricado, transportado y preparado por nosotros los trabajadores.

¿Qué sería del mundo del arte y de la belleza, si desapareciesen los viciosos y las grandes prostitutas, de uno y otro sexo?

Los trabajadores somos utilitarios positivistas y materialistas groseros; y por esto preferiríamos vivir con abundancia y desahogo, aunque hubiesen de desaparecer para siempre todas las grandes prostituciones que son el adorno de la sociedad actual, cristiana y burguesa.

Si el fausto de un cardenal romano hace necesario el sufrimiento de muchas familias, creemos que vale más que no haya cardenales.

Si la elegancia de una marquesa ha de ser la causa de que mueran de anemia muchos niños pobres, nos parece mejor que la aristocrática señora se convirtiese en una vulgar y útil lavandera.

Si para justificar la existencia de un general hace falta uniformar y encerrar en los cuarteles á muchos jóvenes trabajadores, preferiríamos que no hubiese guerras, con lo que no habría necesidad de generales ni de soldados.

El arte, la poesía, la belleza, la espiritualidad que se fundan en la miseria del pueblo trabajador, nos parece que sobran en el mundo, ya que para nosotros, groseros materialistas y positivistas utilitarios, no hacen falta vanidades, ni grandeza, sino vivir todos con la mayor comodidad posible y con abundancia de las cosas necesarias.

Una vida agradable, grosera y positivista, llena de materialismo y utilitarismo para todos, nos parece preferible á la espiritualidad más exquisita fundada en el hambre y en la humillación de los trabajadores.

El arte y la belleza y el espiritualismo nos parecen cosas muy buenas para después de haber comido; pero antes se han de haber satisfecho las necesidades de la vida humana.

Después vendrán las añadiduras; pero lo primero es lo primero.

Y lo primero es vivir.

EPICURO

*El Obrero de Mahón.*

## Tarea misteriosa

Las doce. Es la hora en que el sol de invierno, tan raro, se digna mostrar un poco su radiante faz, la hora del día en que mejor se siente la alegría del vivir.

A esta hora se despiertan los ricos y voluptuosos, se estiran en su perfumado lecho y piden un ligero desayuno.

A esta hora los burgueses, los comerciantes, los empleados, ponen tregua á sus pesadas tareas y descansan con los codos sobre la mesa, ante los humeantes platos y los vasos llenos.

A esta hora los obreros, sentados también ante las toscas mesas de los bodegones y tabernas, hacen los honores á una caliente sopa y á un frugal cocido.

Es el mediodía. la hora de comer mirando al sonriente sol de invierno: la hora del reposo y la alegría.

¿Quiénes son, pues, los desgraciados, los parias, para quienes, por el contrario, esta hora es el término del reposo y el comienzo del trabajo? ¿A dónde van tan febriles? ¿Qué misteriosa tarea van á emprender?

Hélos ahí, deslizándose rápidamente á lo largo de los muros, con sus descoloridos rostros y sus ojos medio cerrados, como si temiesen á la luz. Van de prisa. Se conoce que andan retrasados. Algunos corren.

Allí, en aquella negra é imponente morada, se abre una puerta semejante á una madriguera de conejos. y van entrando uno á uno los desgraciados. Entran con paso seguro, como acostumbrados á andar en la obscuridad, y así debe de ser, porque entran en un local más oscuro que boca de lobo.

Siguen largos y tortuosos corredores; suben y bajan escaleras húmedas de paredes viscosas. Caminan por un subterráneo.

¿Es una cueva, una caverna, ó un templo de trogloditas el sitio en que se encuentran? ¿Quién lo sabe! Una enorme bóveda deja en toda su oscuridad aquella sala inmensa, desierta, silenciosa, polvorienta, que hace pensar en una cripta perdida en las catacumbas.

Allí llegan todos, siempre furtivos y cada vez más pálidos bajo la débil claridad de algunas lámparas que iluminan siniestramente aquel sitio de desolación.

¿Por qué vienen aquí? Adivinadlo si podéis. Pero al verlos, al oírlos, parece sencillamente que se trata de una reunión de locos y locas en pleno acceso de demencia.

Van y vienen á grandes pasos, gritan, lloran; después estallan repentinamente en carcajadas; luego se amenazan, se perdona. Y siempre termina esto con algún crimen. ¿Una pobre mujer asesinada, un miserable que se mata á puñaladas!

Hasta parece que este crimen final es su principal ocupación, porque muchas veces, cuando cae la víctima, se oye alguno que grita:— ¡Eso no es así!

Y, en efecto, parece que todos están conformes en que no ha matado bien ó en que el muerto no lo ha hecho á conciencia. Y entonces puede verse al asesino cómo se encarniza nuevamente en su víctima, la que vuelve á tomar fuerzas para retorcerse mejor entre sus sufrimientos. Entonces todos se ponen contentos.

¿Quiénes son, pues, estos monstruos? ¿Qué abominable sacrificio acaban de consumir en este subterráneo?

¡Ah! terrible cosa debe ser el fanatismo, para haber podido turbar hasta tal punto los cerebros de estos infortunados, para haber borrado en ellos todo sentimiento humano!...

Porque ellos no tienen ningún interés en el crimen que cometen. No es para robar ni para vengarse; es por pura devoción á su dios. Es por virtud por lo que llegan á cometer estas escenas dignas de fakires insensatos.

Ni siquiera tienen aspecto de ser malas gentes, cuando se les considera fuera del momento en que el furor del éxtasis los desfigura. Lejos de ello, parecen más bien dulces y hasta cariñosos.

Las mujeres son amables y complacientes, y apenas hay una cuyos ojos no reflejen la llama del amor.

Los hombres son alegres compañeros, bromistas y decididos.

Sin duda deben ser una especie de sacerdotes en cuyos afeitados rostros no puede leerse la hipocresía.

¿En sus afeitados rostros... Ya lo habéis adivinado ¿verdad?

Pues bueno, sí; esas gentes que se encierran misteriosamente á la hora en que los demás van á tomar el aire; que pasan



La tarde en las tinieblas, entre mecheros de gas, gritando, riendo, llorando, insultándose, destrozándose; que por la noche, para descansar, empezarán á gritar, á reír, á llorar, á insultarse, á destrozarse de nuevo, y esta vez en plena luz, bajo una luz que ciega y ahoga; esas gentes que llevan esa vida de presidiarios, esas gentes son los pobres de quienes se dice:—¡Oh, los cónicos! ¡Lleven una vida!...

Apenas se levantan almuerzan de pie, corren á ensayar de doce y media á cinco, comen de pie, trabajan de ocho á doce de la noche, toman un bocado, se acuestan con la fiebre de una batalla cotidiana, despiertan para hacer el mismo trabajo durante el día, y corren de nuevo al teatro, á toda prisa.

—¡Vamos, señores; á escena!  
¡Pobres gentes!., ¡Yo las adoro!

JUAN RICHPIN

## El amor á los libros

¡Qué hermosa es una biblioteca! ¡Cuántas cosas puede ver y cuánto gusto puede sacar aún el que lee por puro pasatiempo, si tiene un poco de sentimiento y de imaginación!

Los frutos más admirables del ingenio humano están aquí recogidos en pequeño espacio y al alcance de la mano.

Frutos de inspiraciones divinas, de meditaciones y de estudios que señalaron con precoces arrugas las frentes más nobles de la Humanidad, frutos de las más espléndidas imaginaciones, se hallan reducidos á la forma de pequeños paralelepípedos aprisionados entre ocho aristas, diferentes por la época, países, lengua y dignidad, numerados y puestos en fila como un ejército. Un compartimento ofrecen los siglos pasados, otros transportan á países lejanos, éste toca al corazón, el de más allá excita la risa, hace soñar un tercero, un cuarto hace pensar. Puede elegirse según el humor; es una farmacia moral y hay medicamentos para los días ásperos y duros y para los días serenos, otros para los de flojera moral, y á su lado se pasan los días en que domina la faria del trabajo.

En toda esta multitud tenemos nuestras simpáticas; viejos amigos, los amigos de ayer, los maestros, los bienhechores, los malos consejeros, las cabezas perdidas, los rigoristas, los fastidiosos, los parásitos, bufones, los predicadores, los cizañeros y los consoladores; y por último, en el fondo elevado apenas cuatro dedos sobre el pavimento, el cementerio en donde yacen en confuso montón, desencuadrados y cubiertos de polvo, libritos y opúsculos de todas formas y colores, esclavitudes del espíritu, como dice Guerrazzi, almanaque, libelos, imitaciones, plagios, restos de literatura destinados al mostrador del estanquero. Hay en suma, dentro de los armarios, un pequeño estado que gobernar, con todos los placeres, desalientos y glorificaciones que sentiría el pequeño monarca que, no pudiendo ensanchar sus confines de estado cuando quisiera, se consuela y divierte

te recorriendo continuamente lo poco que posee.

¡Y qué inmensa es la influencia educativa que una biblioteca tiene en los niños! Bueno es inspirar á la infancia el culto de los libros antes de que tengan amor á la lectura. Una habitación silenciosa donde de vez en cuando vea una persona inmóvil y sería consagrada al pensamiento, deja en su imaginación huellas que trascenderán á su vida ulterior.

Tratemos, pues, de formar á nuestro lado este círculo de amigos mudos y fieles; fabriquemos esta pequeña fortaleza para podernos recoger en su interior los días que nos asalten los dolores mundanos. Han de venir sin remisión, y con ellos la necesidad del aislamiento y el silencio. ¡Será triste entonces no tener un rincón de la casa donde poder refugiarse, olvidándose de los vivos y confrontándose con los muertos!

EDMUNDO DE AMICIS

## ¡Por un milagro!

Tanto había oído hablar el bueno de Juan de las bondades divinas y continuos milagros al señor cura, que creía á pies juntillas en los ejemplos de los libritos milagrosos. Todas las mañanas oía misa antes de ir al trabajo, confesaba todos los meses, ayunaba los días de precepto, y, lo que es más raro, compartía su pan con el más necesitado que llegaba á su puerta. Era buenote porque sí, y tan sencillito de espíritu que se horrorizaba ante los castigos del infierno lleno de calderas de aceite hirviendo, de tenazas arrancadoras de pedazos del cuerpo, de tizonazos y de mil malas pasadas del señor Pedro Botero. Naturalmente; lo decía el señor cura, y este señor no podía mentir.

El año anterior había sido malo, tan malo, que habiéndose perdido toda la cosecha, Juan, después de buscar en vano algún dinero con que prevenir sus escasas necesidades, tuvo que recurrir al terror de la comarca, al señor Riego, hombre enriquecido á fuerza de prestar el 80 por 100, falsificar escrituras y hacer firmar en blanco á los infelices labriegos que caían entre sus garras. Como la cosecha del año de antes fué tan mala como la anterior, y Juan no pudo pagar al respetable usurero, éste se echó encima de los bienes de aquél, dejándolo sin camisa. (También el usurero confesaba y comulgaba).

Desesperado el pobre hombre, y sin saber á qué santo encomendarse, fué á ver al señor cura, el cual, después de descerrajarle un sermón sobre el tema «la paciencia y la fe», acabó por decirle que la santa Virgen lo sacaría de apuros si se lo pedía con fervor.

Desde la casa del cura se fué Juan á la iglesia derechito, arrodillándose ante la Virgen de los Desamparados y ¡oh prodigios de la fe!, la Virgen suspiraba y sonreía y movía la cabeza, ¡vaya!, y lo oía; pero cuando á Juan se le pusieron

los pelos de punta y la carne de gallina fué cuando la Virgen, con un movimiento de cabeza, le mostró los pendientes de brillantes que, como luceros, brillaban en las divinas orejas. ¡Y es claro! El milagro estaba hecho, pues no teniendo la Virgen dinero á mano, le tendía su protección ofreciéndole sus pendientes, de valor bastante para sacarlo de apuros; no cabía duda. Pero Juan no se atrevía á tomarlos; tenía miedo. Pero miedo ¿por qué? ¿No se lo había dicho el señor cura? ¿Y él, no necesitaba dinero? Pues la Virgen se lo daba como podía y no era cosa de despreciarla.

Así discurría Juan luchando y convencido de sí mismo, porque eso de subir al altar y tomar los pendientes con sus pecadoras manos, era cosa peliaguda. Pero al fin, venciendo la necesidad á los escrúpulos y después de rezar salves y avemarias para contentar á las once mil vírgenes, Juan se decidió, y temblando, azorado y murmurando una oración, se encaramó en el altar, besó las manos de la imagen que parecían sonreírle siempre, regándolas con lágrimas de agradecimiento y alegría, y tomando los pendientes bajó... á impulsos de un soberano empujón que le hizo dar de bruces en el suelo.

—¡Ladrón! ¡Hipócrita! ¡Hijo de Satanás! ¡Quién lo había de pensar!

—¡Señor cura, fué un milagro! ¡Un milagro, señor cura! ¡La Virgen me los dió!

—¡Alza pa alante! ¡A la cárcel! Con milagritos á mi ¿eh? ¡Sacrilego!

Y á puñetazo limpio y á patada sucia llevó el ministro del Señor al pobre Juan desde la iglesia á la cárcel.

### II

En el patio del presidio relataba cada recluso sus hazañas, y habiéndole llegado el turno á nuestro Juan, contó las causas de su prisión entre las carcajadas de sus compañeros.

—Hacéis bien en reiros de mí, por bruto,—decía Juan para concluir—porque no supe comprender que los milagros no son más que para sacar de apuros á los curas...

¡Yo sí que puedo decir que estoy aquí por un milagro!

S. BERNAL Y PUGA

## Odio santo

Acabo de contemplar una comitiva fúnebre: el entierro de un privilegiado.

Unos infelices vejates, miserables víctimas de un asilo, tocados con ridícula y antihigiénica indumentaria que otros estrenaron, empuñan hachones, y caminan silenciosos y tristes. Estos ancianos desheredados dan al acto el aspecto de una pantomima cruel y sarcástica. Son los caballos del circo, que después de trabajar van expuestos á los relres mefistofélicos de una muchedumbre ignara y curiosadora...

Signenlos unos rapaces héticos y encanijados, de rostro color de cera vieja...



Enfundados en burdos sayales, muestran a pesar de su juventud tan cansados de la vida como los otros...

Todos están reclusos en esos antros que la burguesía, en un alarde de hipócrita caridad, les proporciona...

Recapito y pienso que tal vez al mismo que acompañan a la última morada débanle en gran parte su degradante situación. Pienso también que si hijos o padres de los asilados perecen en la lucha, ellos no podrán ni ir a cerrar sus párpados...

Y mi fantasía se va remontando a las altas esferas de la realidad, y las fibras de mi corazón se conmueven, pero de tal manera, que lo abrasan, y mi pecho parece pronto a estallar en odio santo.

Odio, sí, a los acaparadores que después de diezmar a sus semejantes —¡semejantes en sentido metafórico!— consiguen por unas migajas que les rindan pleitesía hasta en la muerte... Odio a las religiones que amparan y bendicen esos desafueros. Y odio, el más reconcentrado y merecido, al rebaño enervador de esclavos desarrapados, mansos y eunuocos, que viven sin rebelarse en el lodo social que otros pisan...

MALBOYSSAN

## ARTÍCULOS FIAMBRES

### Inmodestia

A Luis de Bonafoux

Es la modestia una virtud hipócrita. Excuso decirte que no la tengo, y que, por ende, acepto como merecidos los elogios que me prodigas.

No he pensado nunca que la patria me debiese nada, pero me complacería que el partido republicano reconociera que me debe algo.

(He dicho una majadería: el partido republicano y la patria son, ó deben serlo, una misma cosa. La retiro, y continúo.)

Pues como íbamos diciendo, el partido republicano... Nuevo paréntesis.

(¿Hay en realidad partido republicano? A veces creo que no. Hombres republicanos... (otro paréntesis dentro del paréntesis) hay muchos en España, muchos... Republicanos *hombres*, muy pocos. ¡Y lo que es partido!... En fin, no discutamos esto, y adelante.)

El partido republicano no ha visto la que yo me traía al atacar a los curas; y unos correligionarios por ciegos, otros por mentecatos y muchos por cucos, han ido haciendo el vacío alrededor de EL MOTÍN. ¡Pobres gentes! Han preferido servir al confesor de la señora y las niñas mejor que a la libertad. El señor de cielos y tierra se lo premie con un asiento de preferencia en el Paraíso... que no existe.

Algunos, más pudorosos, siguieron suscritos hasta que yo les di pretexto para retirarse con cierta decencia al atacar a los jefes. Hicieron valer la heroicidad con el suyo respectivo, y se confundie-

ron con la masa común de los tontos, infinitos en número. ¿Y todo para qué? Para venir al fin y al cabo a la fusión propuesta y defendida por mí, que acabó con las jefaturas de derecho divino.

Cuando aplaudían frenéticamente en la Asamblea la base que preceptuaba el acogotamiento de los jefes, estuve por escupir... Pero ¿a qué usar de modestia, habiéndola antes condenado? Escupí, y varias veces, y entre palabras poco diplomáticas: los que estaban a mi lado las oyeron perfectamente. Más que alegría por el triunfo, sentí indignación al ver con qué entusiasmo celebraban lo que habían combatido. Verdad es que todo aquello era mentira. Al nombrar el Directorio demostraron que no pueden vivir sin amos; sin los amos de siempre.

Pero se me ha ido la hembra del fraile, la burra, como vulgarmente se dice. No es de esto de lo que yo quería hablarte, sino de los curas. Vuelvo a ellos, pues.

Sí; no han visto mis correligionarios a dónde iba yo con *las flores místicas*; sencillamente a quitarle autoridad al cura para que no pudiera valerse de ella en beneficio de don Carlos. Como he dicho más de una vez, ¡valiente cosa me importa a mí que los curas tengan amas, y éstas chiquillos, ni que falten al mandamiento que sigue al quinto con las feligras que se presten a ello! ¡Apenas hubiera figurado yo veces por esta causa, si llego a ser cura, en *las flores místicas* que hubiera escrito otro penitente de mis ideas!

No era por esto, no, por lo que los atacaba; era y es porque veía y veo en los clérigos (y en los frailes más aún), la encarnación lógica del absolutismo; era y es, porque mientras ellos predominan, la libertad será un mito en la patria de Mendizábal; era y es, porque pretendía y pretendo contribuir a que España no viva constantemente amenazada por la guerra civil, y a que, como he dicho en otra parte, *Los Crímenes del carlismo*, podamos decir pronto a las madres españolas: «Criad tranquilamente vuestros hijos: el carlismo, que os los asesinaba periódicamente, ha desaparecido, y para siempre.»

Son, pues, unos infelices los republicanos que hacen aspavientos por mi campaña anticlerical, tanto por lo menos como lo soy yo por haberme pasado la vida echando margaritas a puercos. Que las margaritas no han sido de las superiores, lo sé; ¿mas acaso los puercos eran de la casta mejor?

Y ahora que hablo de los *Crímenes del carlismo*. ¿Querrás creer, Bonafoux, que hay periódicos democráticos, y aun republicanos, que no se han atrevido ni a anunciarlos? Así anda por acá la idea liberal. Unos temen perder suscripciones de beatos, otros disgustar al clero... Merecían todos que D. Carlos viniera y los colgase, que si los colgaría. Lo único que me preocupa es que no lo vería yo, por haberme colgado antes que a ellos.

Pero hay más. ¿Quieres creer también que existen poblaciones importantes donde los folletos no se venden aún, porque

los republicanos y librepensadores a quienes he suplicado que me indiquen personas que se encarguen de la venta no me han contestado, por miedo a que se descubra que ellos han intervenido en tan criminal negocio?

Es la ventaja que nos llevarán siempre los reaccionarios; que no se salen de su terreno. Nos odian, y lo dicen, lo demuestran, y no reparan en sacrificios para combatirnos. Han inundado a España de folletos, *que reparten gratis*, hiriéndonos con toda clase de armas, la calumnia inclusive. En hojas sueltas, en libros, en estampas, nos atacan sin tregua. Y cuando uno de nosotros, yo, trata de oponer folleto a folleto, libro a libro, estampa a estampa, pidiendo armas a la razón y a la historia, muchos de los nuestros se escandalizan, gritan, haciendo coro a nuestros enemigos, y algunos hasta trabajan en contra. ¡Qué lástima de sangre la derramada para que sean libres tales mamarrachos! No ya siervos, esclavos merecían ser, y marcados en la frente con el hierro de la ganadería del señor....

Te he hablado de todo esto, querido Bonafoux, para que veas cómo vive por esta tierra, de misticos de reata (por poco no digo mulos) el que tú crees que merece bien de la patria: combatido por los enemigos (lo cual es natural), calumniado por los correligionarios (lo cual es una porquería), y necesitando que venga del extranjero la voz que le anime, fortalezca e impulse.

¡Feliz tú, que vives en las afueras de esta población, París, entre árboles, sin que te emponzoñen el aire la suciedad del cura, el regüeldo del fraile, ni el vaho infecto de la hermanuca! ¡Y doblemente feliz por no ver las luchas mezquinas, la pequeñez de miras y las cobardías inexplicables de algunos que, a pesar de todo, debo seguir llamando correligionarios!

1897

### Obras son amores

Hace años que en España se habla mucho del Ejército. Mejorar su condición, dignificarle, enaltecerlo; he aquí el tema constante en la Prensa, en las Cortes, en conferencias públicas y privadas.

Brazo de la patria, salvador de su honra, su salvaguardia, su escudo; todo esto se le llama. ¿Y recuerdos? A millares surgen: Navas de Tolosa, conquista de Granada, Lepanto, Pavía, Africa, y cien y mil más, todos grandes, gloriosos todos.

Cada partido se disputa el honor de querer al Ejército más que los otros, de haber hecho más por él, de considerarle más. ¡Generoso pugilato!

Quién recuerda su bravura en el Callao atacando con barcos de madera torres blindadas; quién lo pinta venciendo a los moros en Vad Ras; éste encomia la liberación de Bilbao; aquél la toma de Somorrostro; el de más allá la marcha por el Baztán. Y todos, cuál más, cuál menos, alaban su sobriedad, su disciplina, su valor...



Se da á los ascensos sobre el campo de batalla mérito incalculable; las cruces y condecoraciones son el emblema más puro de la gloria; las cicatrices el ideal más alto del honor. Y á continuación de eso se dispone, con aplauso de todos, que ese Ejército se eche á la calle una noche para divertirse con una retreta á los habitantes de la villa y corte y á los provincianos que han venido á las fiestas de San Isidro. ¡Qué contradicción y qué sarcasmo!

Al contemplar aquella noche á los héroes de cien combates, llena la venerable cabeza de canas, caminar entre hachones como gallego cargado con la escalera la víspera de Reyes, sentí indignación profunda. ¡Tantos servicios, tantas abnegaciones, tamañas fatigas y glorias tan grandes empleadas en el solaz de la muchedumbre, que acude á ver á los militares como acudiría á ver unos saltimbanquis que se exhibieran en la vía pública!

¡Qué extraña manera de dar prestigio á ese Ejército de quien todo lo esperamos, y á quien tanto le exigimos cuando peligran la honra de la patria, su integridad ó la libertad, que casi siempre hemos debido á él!

Ha poco que en la republicana Francia un cómico dejó de ser nombrado oficial del Ejército porque, los militares, creyendo que carecía de autoridad para mandar á los soldados de la patria el hombre que tenía por oficio divertir al público, reclamaron su exclusión.

En la monárquica España se obliga á los jefes y oficiales á exhibirse en espectáculos preparados para divertir al público, y no hay un fingido defensor de su dignidad y su derecho que alce su voz desde la altura protestando contra semejante abuso.

¡Cuánta mentira, cuánto convencionalismo!

1890.

## ¡Oh! ¡Los niños!

Todas las vecinas estaban en sus puertas y la miraban con menosprecio; los niños dirigían hacia ella sus hociquillos sucios; los perros iban á olfatear su zagalajo y volvían gruñendo; los hombres indiferentes decían, —¡Héla ahí, ¡la Juana!

El sol poniente revestía de púrpura el cielo, y la brisa, que había deshojado las lilas y los manzanos en flor, era tibia y perfumada.

Ella—la Juana, como la llamaban—tenía veinticinco años... Estaba pálida, y sus desgredados cabellos caían en espesas guedejas sobre sus hombros. La miseria había dejado sus huellas en sus mejillas, y la vergüenza en ese día la obligaba á bajar la cabeza.

Un querubín de brillantes ojos, rosadas mejillas y enmarañados cabellos caminaba á su lado, aído de su falda, mirando hacia atrás y sonriendo á los chiclelos que le hacían alguna mueca. Esos dos seres, solos en medio de aquell'a hermosa

aldea y aquella riente naturaleza, ofrecían un triste aspecto.

Ella atravesó el pueblo y se detuvo en la última casa del lugar. El niño, viéndola llamar á la puerta, fuese al encuentro de los chiquillos que los habían seguido, quienes retrocedieron al principio, pero después, como él se acercara á ellos sonriendo, se hicieron camaradas y jugaron juntos.

La Juana seguía golpeando la puerta. Un anciano salió á recibirla, y retrocediendo al verla, le dijo:

—¿Qué es lo que buscas aquí?

Juana se apoyó en el marco de la puerta para no caer.

—¡Vamos, vamos, vete! continuó el anciano: sal de aquí, mendiga; no manches mi casa.

—¡Padre mío!... dijo Juana suplicante.

—¡Vete! ¡Vete!

La pobre mujer había avanzado hasta la mesa, y con el cuerpo encorvado, la cabeza inclinada, ocultaba con una mano sus ojos arrasados en lágrimas, decidida á hacerse echar antes que retirarse.

—¿Padre yo?... ¿Acaso una pordiosera como tú es mi hija?... ¡Mi hija! He tenido una niña que mi pobre esposa muerta adoraba... Era una buena y hermosa muchacha, por la cual hubiéramos dado nuestra vida... Antes que viniera el día, con viento, lluvia ó nieve salíamos para trabajar la tierra y ganar mucho, pues queríamos hacer de ella una señorita. Tan pronto como pudimos, la sacamos de la escuela para colocarla en una Pensión... Cuando estuvo educada, honrada como su padre, pura como la que la llevó en sus entrañas, continuamos cuidándola y trabajábamos para procurarle un dote que le diera el esposo que nos imaginábamos... Lográmoslo al fin, y cuando mi vieja y yo veníamos á la noche á cenar, nos consolábamos mirando á la niña, hermosa y digna de nosotros... Y ¡ah!... ¡bribona!... Un día se fugó con un tunante... Hizo reír á todo el país...

Sucedió un momento de silencio, turbado solamente por los sollozos de Juana y por los gritos de alegría de los niños que jugaban afuera.

—A fuerza de llorar y de pasar en todas las estaciones horas enteras en el camino para ver si su hija regresaba, la vieja... tosió... en seguida se adormeció... y quiso que le colocaran en la mano el gorrito bordado por ella para la primera comunión de su hija...

—¡Padre mío!... ¡padre mío!... ¡perdón!

—Durante ese tiempo ¿qué vida ha llevado ella?... Los parisienses que venían á nuestra casa nos decían: «He visto ayer á vuestra hija en el *Bosque*.—Yo no tengo hija.—Si, señor Coutaud... vuestra Juanita... Se la denomina ahora Juana la Limande...—Juro abrirle el cráneo con mi azada al primero que me hable de esa muchacha...

—¡Padre!... ¡Padre!...

—Desde entonces no me he atrevido á salir de aquí: me parece que se rien de mí cuando paso por alguna casa conocida... No he ido á París por temor á en-

contrarme con ella... ¡Mi hija!... ¿qué digo? ¿he tenido acaso una hija? ¡Fuera de aquí, mendiga!... ¡oh! y bien pronto!...

—¡Perdón, padre mío!... ¡perdón!

—¿Quieres ó no irte?

Y el viejo cogió á Juana de un brazo para arrojarla de su casa, pero la joven se agarró fuertemente á los muebles.

—¡Piedad, padre mío!... ¡piedad!...

—¿Quieres irte?

Y la lucha continuaba.

Colorado, bañado en sudor, con los cabellos sobre los ojos, el niño acudió á los gritos de la madre.

Con sus manecitas separó la blonda cabellera, y dijo con altivez al anciano:

—¿Cómo es que tú haces llorar á mamá, cuando tú eres mi abuelo?

El señor Coutaud dejó á Juana, y con los ojos saltados de las órbitas miró al niño, mudo, inmóvil, sin darse cuenta de los nuevos sentimientos que invadían su corazón...

Después quiso hablar... pero titubeaba...

Las lágrimas brotaron de sus ojos, y para ocultarlas abrazó al niño y á la madre.

ALEXIS BOUVIER

## LIBERTAD Y A ELLOS!

DOS PESETAS

## VERDADES AL PUEBLO

(Juan Lanás)

por José Nakens

Segunda edición.—318 páginas.

Precio: 2 pesetas

## LA RELIGION

AL ALCANCE DE TODOS

POR

R. H. de Ibarreta

Precio: UNA PESETA

## Dios ante el sentido común

Por el cura Juan Meslier

Se ha puesto á la venta la sexta edición de esta célebre obra, agotada hace tiempo.

Precio: UNA PESETA

## Almanaque del carlismo

para los años 1913 á 1999,

POR "EL MOTIN"

Dedicado al obispo de Barcelona

DON JUAN LAGUARDIA

ILUSTRADO CON 18 GRABADOS

Precio: UNA peseta.



# Los obispos

por

ROBERTO ROBERT

rique VI, aunque excomulgado, contribuyó á que Alemania tomara la cruz, símbolo de paz entre los fieles, para hacer la guerra á los infieles; pero nadie podrá negar al arzobispo de Maguncia la gloria de haber levantado el primer ejército y haberse presentado á Enrique de Champaña para aconsejarle que rompiera la tregua pactada con los sarracenos, indignos de que un arzobispo de bien les cumpla palabra alguna.

Federico II, según atestiguan los autores católicos, fué enemigo encarnizado de la Iglesia.

Quizá fué el único soberano que alteró la armonía reinante en aquellos tiempos entre el Pontificado y el Imperio, y nos atreveríamos á decir que fué el único, si la peste de la imprenta no hubiese conservado los nombres de los pocos centenares de príncipes que incurrieron en el enojo y la excomunión de los pontífices.

Como quiera que sea, el pérfido Federico se coronó, es decir, fué coronado como un señorito en 1212 en Aix la-Chapelle.

Al principio, todo iba bien y honestamente. Al cabo de un año ya había reconocido en una bula de oro todas las prerogativas de la corte de Roma ó digamos de Pedro el Pescador, prometiendo el Papa devolverle todos los territorios que reclamaba y aun regalarle de contrapeso la Cerdeña y la Córcega, como quien promete una castaña.

Desgraciadamente la castaña fué para el pontífice, que murió sin ver cumplida la promesa.

Pero antes de este desgraciado suceso parecía que el pérfido Federico se despepitaba por afianzar la religión en todas partes.

Apenas puso los pies en Alemania fué á verle el obispo de Strasburgo y le manifestó lo conveniente que sería para las almas que no se estableciera consejo ni tribunal alguno de justicia sin consentimiento del obispo, y Federico se lo otorgó así en una dieta.

El obispo de Cambray tomó vientos, los vió prósperos y se presentó al emperador á fin de que suprimiera las tranquilas y libertades de aquella ciudad, muy perniciosas para encaminarse rectamente al cielo, y el emperador, acto continuo, dió un edicto, complaciendo al obispo y al cielo, en cuyo edicto dijo que el espíritu de libertad de aquellos ciudadanos era un espíritu de intolerable insolencia.

En Basilea, donde nadie le azuzaba, pareció mostrarse favorable á la población y le hizo algunas concesiones; pero el obispo reclamó enseguida contra la in-

consecuencia del soberano; á la voz del obispo se reunió una dieta de príncipes, y Federico, iluminado por el aspecto amenazador que presentaba la cosa, revocó gustoso y trinando todas las concesiones hechas á Basilea.

Y digo gustoso y trinando, porque trinar lo hacía por dentro y gustoso se mostraba por fuera.

En 1220 dió un edicto anulando los estatutos de las ciudades italianas, por ser antagónicos á las libertades de la Iglesia y estar basados en la herejía, edicto que fué de sumo gozo para la humanidad eclesiástica y le valió grandes plácemes de los obispos.

En 1232, siguiendo el consejo de esos príncipes de la Iglesia, dió un decreto igual para que se aplicase á toda Alemania, decreto cuyo título huele á palacio episcopal á la legua, y contiene expresiones idénticas á las que aun hoy sólo se leen en los documentos de los prelados.

«Los municipales, dice, son instituciones detestables; bajo la falsa apariencia del bien, encierran una obra de iniquidad, atentan á los derechos y al honor de los príncipes y menoscaban el poder del emperador.»

¿Quién se atrevería á decir que no es esta la inmutable literatura episcopal?

Yo apuesto á que si no fué un obispo el redactor del documento fueron dos ó tres.

¿Quién había decir que entonces un emperador que debía el trono al Pontificado tendría que ser objeto de una terrible excomunión pontificia; que tardaría nueve años en cumplir una palabra al Papa, y cuando aparentase ir á cumplirla el Papa tuviese que ir á impedirse; que el hijo querido de la Iglesia se hiciera con un ejército de sarracenos para combatir á los cristianos, y que el que empezó aprovechándose de los consejos de los obispos contra las funestas libertades de los pueblos, prendiese á los obispos reunidos por el Papa para un concilio!

En aquellos días de dolor, más propios de nuestros tiempos que de los de *Mari Castaña*, se vieron cosas horribles: se vió al cardenal Juan Colona apoderarse por la fuerza del castillo de Monforte, castillo en que el Papa había empleado el dinero de las almas ya salvadas, para tener un sitio seguro donde retirarse y poder continuar salvando á las demás sin peligro de su sagrada persona.

El engañado Gregorio IX, algún tiempo antes de su muerte, había revelado que Federico era un impio, descubriendo que aquel emperador, al principio tan aficionado al agua bendita, había dicho en cierta ocasión: «Tres impostores han hecho burla del género humano: Moisés, Jesucristo y Mahoma».

Lo de menos era lo de Moisés y lo de Mahoma; pero los obispos cristianos que

vivían del *Tu es Petrus*, se escandalizaron y nunca volvieron á ser amigos de Federico.

E hicieron bien: no es buen amigo el que quita los alimentos al amigo.

Y entre tanto moría el Papa Gregorio IX, moría después el Papa Celestino IV, y Federico tieso que tieso, como si las puertas aquellas debieran prevalecer contra la Iglesia.

La Iglesia estaba despojada por el excomulgado emperador; los prelados cautivos eran también despojados por él, y el nuevo Papa, Inocencio IV, tenía que andar disfrazado por sus propios territorios, y se veía obligado á refugiarse en Francia, donde le recibía y daba seguridad... ¿quién? ¿Quién había de ser! un arzobispo, el arzobispo de León; que sin obispo ó arzobispo no se ha verificado en el mundo suceso alguno que valga la pena.

Pero el cielo fué justo, como era consiguiente; en prueba de lo cual Federico se murió reexcomulgado, Inocencio IV volvió á su trono, y todos los obispos engordaron y tuvieron numerosa familia. ¡Ah... no! que eran solteros; pero quiero decir que fueron felices.

El siglo XIII, fecundo, muy fecundo para la Iglesia, empezó bajo los más brillantes auspicios. En 1201 ya tenía obispo Livonia. El cristianismo fundó allí al poco tiempo una orden llamada Milicia de Cristo y también la orden de los caballeros Porta-Espada. Al poco tiempo el obispo era señor feudal de toda la Livonia, con permiso del emperador; el Papa regaló á los caballeros todo lo que fuera de Livonia conquistasen, y como estos caballeros iban auxiliados con la ayuda de Dios y con las ventajas de una civilización superior, en 1217 vencieron á los estonios, y acto continuo, en caliente, se fundaron allí dos obispados.

Cada nueva aurora era una nueva sonrisa para las esperanzas episcopales.

Algún contratiempo sufrían, pero según los autores más doctos en la materia, esos contratiempos eran otros tantos puntales, cuando no acicates, de la verdadera fe.

Cristiano el Pomeranio era un monje que á fuerza de tentativas logró poner á Prusia en un estado tal, que parecía convertida al cristianismo.

Cuando creyó haber obtenido de la Providencia la certeza de que prusiano era casi sinónimo de cristiano, se fué á Roma á explicar al Papa cómo estaba verificada la conversión de aquellos infieles.

El Papa le nombró nada menos que

(Continuuará)

IMPRESA DE DOMINGO BLANCO-LIBERTAD 31